

EL TEATRO.  
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

---

# LA LENGUA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAS.

---

MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1882.

13

# AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

## COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Agua vá.....	1	D. Rafael Blasco.....	Todo.
Filosofía alemana.....	1	José Jackson Veyan.	»
La alondra y el gorrion.....	1	E. S. Rocaberti.....	»
La puerta del Saladero.....	1	Juan Utrilla.....	»
Un drama en la venta..	1	Juan Utrilla.....	»
El arte de pedir.....	2	Sres. Ossorio y Guillen..	»
Los padres nuestros.....	2	Lustonó y Bedmar...	»
La lengua.....	3	D. Enrique Gaspar.....	»
Los dos curiosos impertinentes.....	3	José Echegaray.....	»

## OBRAS DIVERSAS.

**EL DIABLO MUNDO**, poema por D. José Espronceda: magnífica edicion en tipo: litografía de varios colores y una cubierta al cromo con el retrato del autor.—Un tomo en 8.º de 208 páginas.—Precio, 4 reales.

LA LENGUA.



## NOTA.

---

Esta comedia estaba ya planeada y casi concluido su primer acto, cuando llegó al rincón de provincia en que vegeto la noticia del éxito y de la existencia por consiguiente de *El Gran Galeoto*; drama con el que, despues de todo, mi obra no tiene nada de comun fuera del punto de partida.

# LA LENGUA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

**DON ENRIQUE GASPAR.**

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de APOLLO el 8 de Abril  
de 1882.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

JULIA.....	SRA. LOSADA.
SOFÍA.....	SRTA. CASADO.
DOÑA BRÍGIDA.....	SRA. ZAPATERO.
MATILDE, niña de 5 años.....	SRTA. MANTILLA.
DON ANTERO.....	SR. MORALES.
ENRIQUE.....	MANINI.
TERENCIO.....	PASTRANA.
LUIS.....	BALAGUER.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.


Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# À LOS MUDOS

*Dedica esta obra*

*El Autor.*



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill



---

## ACTO PRIMERO.

---

Un saloncito más elegante que lujoso. Una puerta en el fondo y otra en el centro del muro de la izquierda del actor. Un balcon en la parte opuesta. En uno de los ángulos extremos un piano. Algunos bustos de compositores célebres, de cuyos pedestales y ménsulas penden coronas de laurel, adornan la estancia. Lámparas encendidas sobre la chimenea y las mesas, y una suspensión pendiente del roseton central del techo.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA BRÍGIDA.

Parece que el paseo se prolonga más de lo ordinario. No, no es esta el ama que á mí me conviene; decididamente hoy me despido y mañana acepto la colocacion que Tomás el especiero me propone en el barrio de Salamanca. Una señora sola con su hija; buenas costumbres, se recogen temprano. Con estas artistas no hay medio de acostarse hasta el amanecer; la noche que ella no canta en el Real vienen á hacerla aquí la tertulia sus amigos. Pero... ya me inquieta su tardanza. ¿Le habrá ocurrido algun percance? Es decir, donde pongo percance, léase aventura. ¡Jesús! ¡Cómo viven ciertas

gentes! (Abre la vidriera y se asoma al balcon. En el mismo instante aparece por el fondo Julia muy agitada.)

## ESCENA II.

BRÍGIDA y JULIA.

- JULIA. (Ap.) (Ya estoy en mi casa... gracias á Dios. Creí que no llegaba nunca.) Brígida. (Llamando.)
- BRIG. ¡Ah! Por fin. Me ha hecho usted pasar una inquietud... (Disponiéndose á cerrar el balcon.)
- JULIA. No cierre usted el balcon; la brisa de la noche me será provechosa. (Entregando á Brígida su sombrero y su abrigo)
- BRIG. En efecto, está usted alterada. ¿Ha venido usted á pie?
- JULIA. No.
- BRIG. En carruaje?... ¡Ya! Pero el cochero perdería el camino, habrá sido necesario dar un gran rodeo.
- JULIA. Sí.
- BRIG. Se empeña usted en salir á pasear cada dia en un coche distinto...
- JULIA. Rarezas.
- BRIG. (Ap.) (Ó precaucion para que no se sepa á dónde vá.)
- JULIA. Prepáreme usted el tocador.
- BRIG. Es verdad, que esta noche aguarda usted gente.
- JULIA. Y advierta usted á los criados que si ántes de que estubiera aquí alguno de mis contertulios se presentase el señor Mendoza...
- BRIG. ¿Don Terencio? ¿El Tenorio de Madrid, como han dado en llamarle?
- JULIA. No sé... En fin, si ese caballero es el primero en llegar, que le digan que no estoy aún visible.
- BRIG. En resumidas cuentas, que la señorita no quiere recibirle sola.
- JULIA. Eso es.
- BRIG. Muy bien hecho; porque dada su reputacion de calavera, conviene evitar las murmuraciones.

**JULIA.** Suplico á usted que principie por hacerme gracia de las suyas.

**BRIG.** (Ap.) (Fina como un cardo! ¡Ea! Resolucion.) (Alto.) No reincidiré, porque precisamente iba, aunque con sentimiento, á declinar la honra de seguir sirviendo á la señorita.

**JULIA.** ¡Ah!

**BRIG.** No es por la profesion que usted ejerce; que todos los oficios son buenos cuando se desempeñan con honradez; y aunque la señorita pertenece al teatro, á la lengua se vé que ha nacido en finos pañales. Pero, francamente, los bastidores no se han hecho para mí. Yo sé lo que sufrí la otra noche cuando cantaron *La Africana*, viendo á un obispo con la mitra de medio lado diciéndole chicoleos á una salvaje.

**JULIA.** (Impacientc.) Respeto mucho la libertad ajena para permitirme cohibirla; queda usted pues desligada de todo compromiso sin necesidad de más explicaciones.

**BRIG.** Luego... maldito el respeto que aquí inspira mi condicion de ama de llaves. Porque saben que soy viuda de un subteniente del resguardo, todos me llaman la carabinera; y esta mañana, sin ir más léjos, mientras daba al cocineño las disposiciones para la comida, ha permanecido, lo que ha durado la órden, cuadrado delante de mí y presentándome armas con una escoba. Ya vé usted que no por haber venido á ménos dejo yo de ser una señora á quien le han presentado algunas carabinas «minié» en esta vida.

**JULIA.** Son en efecto muy atendibles esas quejas, pero...

**BRIG.** Aún hay más. Anoche, despues de retirarme, oí abrir sigilosamente la puerta de la escalera; y esta mañana he averiguado que Francisco no ha dormido en casa.

**JULIA.** No la preocupe á usted eso; me pidió permiso para irse á cenar con unos paisanos suyos que le habian convidado.

**BRIG.** (Ap.) (Para quien lo crea.) (Alto.) Si el cocinero es de Vigo.

JULIA. ¿Y qué?

BRIG. Que los gallegos no convidan nunca.

JULIA. Doña Brígida; mis ocupaciones son muchas y muy serias para descender á ciertas pequñeces; así pues, toda vez que por recomendacion del doctor entró usted á mi servicio, cuando él venga luego particípele usted su propósito, á fin de que sepa que se marcha usted por su omnímoda voluntad. Necesito estar sola.

BRIG. Obedezco. (Ap.) (Hasta el polvo de los zapatos voy á sacudirme, como San Vicente Ferrer, en saliendo de aquí. ¡Yo metida entre tiples que lo mismo cantan en la escena que cantan en la mano!...) (Váse por el fondo.)

### ESCENA III.

JULIA con visible preocupacion y despojándose de algunos accesorios de su tocado como disponiéndose á cambiar de traje.

JULIA. Ya es la segunda vez que encuentro á Terencio en mis escursiones solitarias. ¿Por qué me persigue con tanta insistencia? Dicen que su ridícula vanidad se satisface con que el mundo le aplauda supuestas fortunas á que él sabe dar apariencias de verosimilitud, y acaso me ha tomado por víctima de su amor propio. Si es así, me apercibiré á la defensa, pero si lo hiciese por fiscalía?... ¿Si tratase de averiguar el objeto de mis paseos cotidianos?... No obstante, mis precauciones están bien tomadas; cada dia cambio de direccion y empleo un carruaje distinto que me aguarda á media hora del lugar de la cita, á fin de que ni el cochero pueda saber adónde voy. Mi conciencia está tranquila, pero la situacion que me ha creado la inflexibilidad de mi carácter empieza á ser insostenible. (Se dirige á cerrar el balcon y en el momento en que va á hacerlo se presenta en él Enrique en elegante traje de casa.)

## ESCENA IV.

JULIA y ENRIQUE, luego DOÑA BRÍGIDA.

JULIA. ¡Ah! ¿Un hombre? ¡Favor!...

ENR. Silencio; soy yo, Enrique.

JULIA. (Reconociéndole y mal dominando su emoción.) ¡Cómo! ¿Usted en mi presencia y tomando mi casa por asalto?

ENR. Ayer llegué de Francia, anoche te ví... (Julia le lanza una mirada de reconvención.) Anoche la ví á usted en el teatro de donde me retiré febril y delirante. En esta fonda contigua en que me hospedo acabo de saber que la felicidad estaba á unos pasos de mí. Siete años de cruel separacion que para los remordimientos han contado por una eternidad; dos balcones que se comunican, y una luz que á través de los cristales toma por faro la impaciencia, hé aquí mis cómplices en un allanamiento que yo traté de limitar á una sencilla exploracion.

JULIA. ¡Imprudente! Si álguien le hubiera visto á usted entrar!...

ENR. Dice usted bien; por fortuna está todo cerrado. (Mirando por el balcon cuyas cortinas deja caer Julia.)

JULIA. Si mis criados llegaran á apercibirse... ¡Ah! Siento ruido... Ocúltese usted... (Enrique se oculta detrás de las cortinas y Julia corre á la puerta del fondo, en la que aparece Doña Brígida á quien, á pesar de sus esfuerzos, aquella impide la entrada.)

BRIG. ¿Señorita, le pasa á usted algo?

JULIA. No. (Muy conmovida.)

BRIG. Juraría que había usted dado un grito...

JULIA. Aprensiones. Retírese usted, no necesito nada por ahora.

BRIG. (Ap.) (No me deja meter la cabeza.) (Alto.) Si se siente usted mal...

JULIA. Aguárdeme usted en el tocador.

BRIG. (Ap.) (La estorbo.) (Alto.) Allá voy. (Ap.) (Pues lo que es una voz de hombre yo la he oído...) (Váse Brígida. Julia cierra con llave ambas puertas.)

## ESCENA V.

JULIA y ENRIQUE. Ella digna, él sumiso. Toda la escena muy intimamente dicha.

- JULIA. Ya vé usted á cuánto me expone su osadía; no insistirá usted en permanecer aquí.
- ENR. ¿Se empeña usted por lo visto en no reconocerme ningún derecho?
- JULIA. Los ha perdido usted todos. El que sea usted mi marido no excluye que entre los dos exista una valla insuperable. Persuadida de esta idea, no tengo para qué trazarle á usted su conducta. Habrá usted observado que le recibo de pie...
- ENR. Disculpe usted mi inadvertencia... (Ofreciéndole una silla que ella rehusa.)
- JULIA. Siento no haberme explicado.
- ENR. Yo deploro que no me autorice usted á no haberla comprendido. Abriga usted la entereza de un titan en la envoltura de un ángel.
- JULIA. Poseo la entereza que me presta la rectitud de mis principios, robustecida por el desengaño de mi primero y único amor. ¿No me cree usted justa?
- ENR. De otra suerte no le hubiera devuelto á usted la libertad casi al pie de los altares. Pero...
- JULIA. Esa puerta está cerrada contra mi costumbre, porque no puedo justificar su presencia de usted en este sitio; autoríceme usted á abrirla retirándose.
- ENR. Déjeme usted ántes dirigirla una pregunta.
- JULIA. ¿Cuál?
- ENR. ¿Cómo la encuentro á usted ajustada en un teatro?
- JULIA. Circunstancia es esa que puede envolver, y no para mí, un nuevo motivo de humillacion.

- ENR. No lo dudo, porque en las naturalezas superiores todo propende á un fin grande y generoso; pero no es ménos cierto que, rechazada por usted mi fortuna, veo trocado en oficio lo que era adorno de su educacion, en tanto que mis riquezas corren esparcidas á cuatro vientos para procurarme un átomo de felicidad.
- JULIA. Mi trabajo... basta á cubrir con creces mis modestas aspiraciones...
- ENR. Advierto á usted que, si la idea de limosna ha cruzado por su imaginacion, no vengo á ofrecerla, sino á pedirla.
- JULIA. ¿Cómo?
- ENR. Suplicando á usted que acepte la reivindicacion de sus derechos.
- JULIA. No quiero conservar ninguno.
- ENR. Pero este es de los que se imponen.
- JULIA. ¿Con qué fuerza?
- ENR. Con la de mi cariño purificado por la espiacion.
- JULIA. ¿Y es en su palabra en lo que pretende usted cimentar su crédito?
- ENR. Dice usted bien; esa firma ya no tiene curso en la plaza y en vano busco quien la garantice. Otros saben apagar el acento, contraer el semblante, llorar, ponerse, en fin, la máscara de la situacion para que el auditorio se identifique con aquel pasaje de la comedia de su vida. Yo soy como usted, ni liquido en lágrimas el sentimiento, ni evaporo el placer en carcajadas. Para no molestar con el ruido á los transeuntes y evitar las salpicaduras, paseo por el mundo mis sensaciones calzadas con chanclos. Pero si penetra usted en el fondo de mi proposicion, podrá usted convencerse de mi sinceridad; porque yo no soy insensible. Es que no sé enternecerme más que para mi exclusivo uso, y he tomado la costumbre de llorar siempre por dentro.
- JULIA. De sus palabras de usted deduzco el deseo de una reconciliacion; mas no la prueba de su lealtad.
- ENR. Meditemos. ¿No nos separa un paréntesis de seis años?

- JULIA. Sí.
- ENR. ¿No he traspuesto el mio en la observancia de la penitencia?
- JULIA. Usted lo dice.
- ENR. Y usted debe creerme para no ser ménos noble que el que la brinda con el olvido de lo pasado sin descender á inquirir si, lo que él cruzó como una laguna de tiempo, usted no lo ha recorrido como una ciénaga de días.
- JULIA. ¿Ha venido usted á insultarme? (Ofendida.)
- ENR. ¡Oh! El resorte de la dignidad no se enmudece nunca. Páseme usted este ardiz de guerra.
- JULIA. ¿Qué?
- ENR. No hablé yo; tomé el lenguaje del mundo para atraer á usted á mi casa y granjearme su clemencia con el temor de un peligro al que acaso sus ojos no han tenido todavía ocasion de abrirse.
- JULIA. ¿El mundo murmura de mí?
- ENR. Lo ignoro, porque á penas le trato; pero debe hacerlo porque él no admite excepciones.
- JULIA. ¿Y en qué se funda?
- ENR. En la regla general que le sirve de precepto. ¿No ejerce usted una profesion que depende del favor del público?
- JULIA. Y de los merecimientos propios.
- ENR. Algunas veces. ¿No es cierto que los sufragios de la multitud suelen conquistarse más por las sonrisas que por la inteligencia?
- JULIA. No siempre. (Defendiéndose sin conviccion.)
- ENR. ¿Supondrá usted que no hay abrojos en el camino que recorre?
- JULIA. Es una de tantas sendas de la vida.
- ENR. Sí, pero más tortuosa y más llena por consiguiente de asechanzas.
- JULIA. Mayor mérito para la defensa.
- ENR. Convenido; pero en el campo de batalla la responsabilidad es colectiva, y lo mismo llega el baldon de la derrota al fugitivo herido por la espalda, que al que, rebasando sólo la línea enemiga, recibe la muerte por el pecho.



y cae sin gloria porque el humo del combate eclipsa su heroísmo.

JULIA. Es verdad.

ENR. Pues bien. Si usted me ama, como me complazco en presumir, pues sin cariño mi ofensa no hubiera penetrado tan hondo. Si está usted convencida de mi adoración, puesto que nunca se levanta tanto la cabeza para admirar á una mujer como después de mucho tiempo de haberla tenido que bajar en su presencia, deponga usted su rigor y prefiera á una multitud que le impone su dogma un hombre que no ha cesado de consagrarle á usted su culto.

JULIA. ¡Oh! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

ENR. ¿Llora usted?

JULIA. No. Es que el gladiador se envuelve en su túnica para caer vencido.

ENR. ¡Qué oigo! ¿Depones tus armas?

JULIA. No tengo ya fuerza para esgrimir las.

ENR. ¡Julia mía!

JULIA. Baje usted la voz.

ENR. ¿Usted?... No trates de defenderte aún con un pedazo de escudo roto.

JULIA. Pues bien, no grites.

ENR. ¿Es mi felicidad delito para ocultarla?

JULIA. De ningún modo; pero tendrías que entregar á la curiosidad pública la llave de lo pasado, y yo no quiero rehabilitarme á sus ojos al precio de tu acusación.

ENR. No te merezco.

JULIA. Dentro de quince días concluyen mis compromisos en Madrid; continuemos siendo extraños delante de la gente. Después nos reuniremos en cualquier punto de Europa, y allí empezaremos á exhibir el espectáculo de nuestra dicha, sin que nadie tenga derecho de preguntarnos por el ayer. ¡Ah! Llegan. . . Vete...

ENR. ¿Para dejar paso al mundo entre los dos?

JULIA. Nosotros le hemos abierto el camino, resígnate. (Empujándole hácia el balcón.)

- ENR. Pero... (Resistiéndose y hablando en voz baja.)
- JULIA. Pronto.
- ENR. ¡Cruell! (Enrique desaparece por el balcón, Julia abre ambas puertas, y después de mirar por ellas las deja entornadas.)
- JULIA. Nadie... Respiro. ¿Por aquí?... Tampoco! Eran las palpitaciones de mi corazón que repercutían en mis oídos.
- ENR. ¿Falsa alarma? (Reapareciendo, pero sin avanzar.)
- JULIA. ¡Imprudente! (Corriendo á él.)
- ENR. No me resigno á abandonar el oasis sin humedecer mis labios enjutos por tan larga peregrinación en el desierto.
- JULIA. Ten juicio. ¡Ah! Esta noche espero algunos conturbios; preséntate como un antiguo conocido á quien he vuelto á encontrar ayer en el teatro. Pero... por Dios, márchate; vas á dar margen á que nos sorprendan.
- ENR. ¿Qué importa? Me tomarán por una visita.
- JULIA. Yo no las recibo nunca en traje de casa. (Refiriéndose al de Enrique.)
- ENR. Volveré de frá; pero permíteme al ménos que deje mi tarjeta. (Besándola en la frente.)
- JULIA. Personal...
- ENR. Entónces hay que doblarla. (La besa de nuevo. En el mismo instante D. Antero abre la puerta del fondo, y al contemplar el grupo la cierra precipitadamente.)
- ANTERO. (Ap.) (Jesús!...)
- ENR. Adios. (Váse por el balcón que Julia cierra.)
- JULIA. Sí, adios; y esta vez te corto la retirada. ¡Qué hermoso es reconquistar la ventura y merecerla!...

## ESCENA VI.

JULIA y D. ANTERO.

- ANTERO. (Llamando dentro.) ¿Da usted su permiso?
- JULIA. (Ap.) (Á tiempo se fué.) ¡(Alto.) Adelante.
- ANTERO. (Ap. apareciendo.) (Se dispersaron los grupos.)
- JULIA. ¿No sabe usted, don Antero, que para el doctor no hay puerta cerrada? (Se saludan.)

- ANTERO. Es verdad, señora. Los hijos de Esculapio tenemos el triste privilegio de hacer olvidar nuestra condicion de hombres, áun fuera de los actos de oficio. El libre acceso que se nos concede al harem, no constituye una excepcion; es una especie de derecho tácito.
- JULIA. Justa represalia, puesto que para los médicos los clientes no son más que casos.
- ANTERO. Exclusion hecha del genitivo, que es el que denota posesion. (Ap.) (Yo que la tenía por una virtud romana... No aventuremos juicios.)
- JULIA. Dispéñeme usted que le reciba de este modo; pero acabo de llegar y me disponía á vestirme.
- ANTERO. Yo soy, por el contrario, el que debo disculparme de molestar á usted con mi presencia ántes de la hora acostumbrada; pero vengo á rogar á usted que me dé su permiso para hacerle esta noche una presentacion.
- JULIA. Los amigos de usted no necesitan prévio anuncio.
- ANTERO. Mil gracias... No soy heraldo en esta ocasion de ninguno de los infinitos admiradores de usted, sino cómplice de la curiosidad femenina y lazo de union entre el pasado y el presente.
- JULIA. No entiendo...
- ANTERO. Ayer llegó de París mi prima madame Latour.
- JULIA. ¡Ah! ¿La propietaria del lindo hotel que usted habita?
- ANTERO. Y cuyos bienes administro, precisamente; una gaditana muy graciosa y de mucho talento, que se casó, niña aún, con un creso francés cuya muerte llora desde hace media docena de años, y que para repartir su dolor va dejando una lágrima en cada córte europea. Es el movimiento continuo; viaja tanto que, desde que enviudó, los gobiernos han retirado por innecesarias las subvenciones á los ferro-carriles.
- JULIA. Si no padezco error, esa señora es la misma con quien aspira á casarse nuestro amigo Luis?
- ANTERO. Sí; pero no se resuelve nunca y maldito si alcanzo la razon, porque ella alegre y bulliciosa lo es; pero honrada... ¡Dos millones de duros de capital!... Y no digo

esto como premisa, sino como apéndice á la consecuencia...

JULIA. Ya sé que usted lo vé todo por el lado bueno.

ANTERO. Tengo eso de comun con mi legendario colega Pangloss: y no obstante...

JULIA. ¿Qué?

ANTERO. Nada; á veces toma uno por manchas en el sol lo que son granos de arena en la lente del telescopio. Como íbamos diciendo, ayer llegó Sofía de París...

JULIA. ¿Sofía?... ¿Gaditana? ¿Sería por ventura la hija del general Fonseca?

ANTERO. Cabal.

JULIA. ¡Si nos hemos educado juntas hasta la edad de quince años!

ANTERO. Aclaradas las dudas, excuso referir á usted cómo mi prima creyó reconocer anoche en el Real á su compañera de la infancia, á través de su nombre artístico y envuelta en las vestiduras de Desdemona.

JULIA. Por supuesto que no le perdono á usted el no haber bajado á prevenirme.

ANTERO. Lo intenté, señora; pero en el pasillo me secuestró el baron de Mirabel, y no era posible oponerse á las instancias de un hombre que, á los setenta años, consigue de su jóven esposa que le dé un heredero de su título y su fortuna.

JULIA. ¡Sofía! Con qué gusto volveré á verla despues de tan larga separacion.

ANTERO. No tardará usted mucho en satisfacer su deseo. Hoy, en cuanto almorzamos, hizo poner mi prima el carruaje y nos vinimos acá; pero ya había usted salido como de costumbre. Ahora me está esperando en casa de la de Cifuentes para, si de mis indagaciones resulta que es usted su incógnita, volar á su encuentro, porque la amistad, segun ella, no reconoce horas intempestivas.

JULIA. Pues no nos demore usted esa recíproca satisfaccion... y dispenseme si le dejo; pero ya es tarde y aún estoy sin vestir...

ANTERO. Sí, vaya usted...

JULIA. Aguardo la vuelta con ansia.

ANTERO. Descuide usted; no es Sofía de las que conceden prórrogas á la impaciencia. (Julia entra en su cuarto)

## ESCENA VII.

D. ANTERO.

Estoy aturdido. ¡Qué desengaño! ¡Qué decepcion! Una mujer á quien yo hubiera puesto en un altar. ¿Y quién era él? Porque á todo esto, como por un sentimiento de pudor ha cerrado los ojos al mismo tiempo que la puerta, me he quedado sin verle la cara. Ahora pregúntome yo: ¿Debo consentir que mi prima se ponga en contacto con una persona en quien he descubierto tan poco edificantes costumbres? Hombre integérrimo por naturaleza y por principios, ¿puedo prestarme á ser cómplice en semejante atentado ¡contra la moral? Cuestion es esta que necesita serias meditaciones; aunque lo mejor será contarle á Sofía lo que ocurre y ella que haga de su capa un sayo.

## ESCENA VIII.

D. ANTERO y LUIS.

ANTERO. ¡Hola! Luis.

LUIS. ¡Cómo! Doctor: ¿usted aquí con tanta calma, y su prima contando á las de Cifuentes en el despecho de la impaciencia todos los defectos que á usted distinguen.

ANTERO. Pues me voy en seguida á ver si aún saco á flote alguna calidad.

LUIS. ¿Ha heredado usted? Porque yo no le conocía ese patrimonio.

ANTERO. Con usted no se puede departir sino con coraza; habla usted á hachazos.

LUIS. Pero no doy por el filo; son golpes sin consecuencia

;

- para analizar el temple de las armaduras. (Confidencialmente y con sorna.) Conque la incorruptible Julia, la virtud romana como la llaman sus panegiristas?...
- ANTERO. (Ap. y con inquietud.) ¡Demonio! Habrá ya trascendido?
- LUIS. ¡Ah! ¿Usted no sabe aún que doña Brígida se ha despedido de la casa?
- ANTERO. Pues no lo he de saber, si acabo de tomarla al servicio de madame Latour...
- LUIS. ¿Pero no le ha dicho á usted por qué se va?
- ANTERO. No; eso no... Verdad es que apenas tuvimos tiempo de hablarnos.
- LUIS. Pues segun version del portero—que sin que yo se lo exija me reserva diariamente una noticia de sensacion— parece ser que la carabinera (así apellidan aquí al ama de llaves) ha descubierto en Julia no sé qué intriga amorosa.
- ANTERO. (Ap.) (Pues señor, ni la agencia Havas.) (Alto.) ¡Bah! Habladurías de criados.
- LUIS. No señor; hay pruebas... ópticas.
- ANTERO. ¿Cómo?
- LUIS. El portero pretende que doña Brígida lo ha visto.
- ANTERO. (Ap.) (Y yo tambien.) (Alto.) ¡Cál! Desde luégo puede usted asegurar que es falso.
- LUIS. En cuanto á eso, mi sistema es muy distinto del de usted. Yo no sólo pienso mal de todo, sino que me cuentan dos y pongo cuatro á fin de estar prevenido contra cualquier error de suma. De ese modo, el dia que en el comercio del mundo quiebra un corresponsal, miéntas en el concurso de acreedores los optimistas andan ustedes vociferando: «¡Quién lo creyera!» yo, imapsible. repito como en circunstancias análogas anteriores: ¡Ea! Ya pareció aquello.»
- ANTERO. Es que aquí se trata de una persona digna de la mayor respetabilidad.
- LUIS. Es posible; pero ni el centro en que ella se agita, ni las asechanzas que de continuo la rodean, ni las tradiciones del oficio le autorizan á usted á imponérsela

á los demas como una excepcion. Conténtese usted con que á lo sumo se le conceda el que, como en los juegos de manos, la gracia consiste en hacerlo de suerte que no se vea.

ANTERO. (Ap.) (Este, á fuer de hombre corrido, pone el dedo en la llaga.) (Alto.) ¿Y con quién le atribuyen esa veleidad?

LUIS. Lo ignoro; pero aquí está doña Brígida que podrá sacarnos de dudas. (Viéndola llegar.)

ANTERO. Con diplomacia... ¿Eh? (Alarmado.)

LUIS. Por supuesto.

ANTERO. (Ap.) (Pues no le faltaba más á la pobre que la intervencion de Luis en la confidencia... ¿Y quién la evita?)

## ESCENA IX.

DICHOS y DOÑA BRÍGIDA.

BRIG. (Dando una tarjeta á D. Antero.) El lacayo de madame Latour ha traído esta tarjeta de parte de su señora.

ANTERO. Alguna intimacion por mi tardanza. ¿No lo dije? (Leyendo.) «Si no vienes en seguida me hago presentar á Julia »por Terencio, que está aquí esperándote para irnos »juntos.»

LUIS. (Con malicia) ¡Juntos!... ¿Qué tal?...

ANTERO. ¡Qué empeño el de usted en que mi prima ha de estar enamorada de ese hombre! Todas las viudas de banqueros no se casan con los asociados de sus maridos.

LUIS. ¡Toma! Pues ahí está la cuestion. En que Terencio ha formado sociedad de banca durante cinco años con el marido feo de una mujer bonita, y no se casa con madame Latour ni por tradicion social, ni por honor á la firma del difunto.

ANTERO. No entiendo.

BRIG. (Ap.) (¡Ah! ¡Vamos! Ya me explico por qué no se decide este á pedir la mano de doña Sofía... Y puede que no le falte razon.) (Alto.) ¿Hay respuesta?

ANTERO. La llevaré yo mismo.

LUIS. Conque doña Brígida se ha pasado al francés? (Luis pro-



cura sonsacar á doña Brígida mientras que D. Antero se esfuerza por paliar la situación.)

ANTERO. Sí, pero deja á Julia amigablemente.

BRIG. No me voy por nada malo como de casa del Relator.

LUIS. ¡Ah! Ya. ¿Aquel que recogía huerfanitos de los que luego resultaba padre?

ANTERO. El mismo; sólo que no recogió más que uno.

LUIS. Es verdad... mi manía de contar doble siempre para no equivocarme nunca.

BRIG. Ya ve usted, un señor soltero y miembro de justicia...

¡Ay, don Luis! No tengo yo suerte con los amos.

LUIS. ¿Pues de Julia no creo que pueda usted quejarse?

BRIG. No!... (Con cierta entonación poco determinada.)

ANTERO. Sería injusto.

LUIS. Sin embargo, el tono de esa contestación...

ANTERO. (Ap.) (¡Cómo se ingiere!...)

LUIS. Usted sabe algo de ella? (Á Brígida.)

BRIG. Podría tener informes exactos; porque desde lo del Relator ando con piés de plomo.

LUIS. ¿Toma usted los amos á cala?

BRIG. Poco ménos. En cuanto averigué que la señorita había estado en Cuba, le mandé su fotografía á mi comadre que vive en la Habana desde hace quince años, rogándola que adquiriera antecedentes de la desconocida.

LUIS. ¿Y ha contestado?

BRIG. Todavía no; por lo ménos don Antero que recibe mis cartas no me ha entregado aún ninguna.

ANTERO. (Ap. á Luis.) (Chisines del portero. Vaya... déjela usted que se marche.)

LUIS. (Á Brígida insistiendo.) Con todo; usted sin motivo no se iría de aquí?...

BRIG. Es claro; razones no me faltan.

ANTERO. (Ap.) (No me atrevo á hacerle señas de que se calle, porque sería reconocer la culpabilidad de la reo.)

LUIS. Á mí, ¿qué quieren ustedes que les diga? Esos paseos solitarios que da en coche diariamente, no me hablan muy en favor suyo.



- BRIG. Ya hace tiempo que tengo yo la misma tema.
- LUIS. Sabe Dios á quien irá á buscar en ellos.
- ANTERO. (Serio ) Puedo asegurar á usted que no es á mí.
- LUIS. Ni á mí.
- BRIG. Pero acaso sea al mismo por quien no hace mucho cerraron con llave la puerta de esta sala.
- LUIS. ¡Hola!
- ANTERO. ¡Mentira! (Estallando.)
- BRIG. ¿Cómo?
- ANTERO. (Reportándose.) Quiero decir que padece usted error.
- BRIG. ¿Error, don Antero, y al darle la vuelta casi me sacan el ojo que iba yo á aplicar al de la cerradura?
- ANTERO. Yo entré sin tener que llamar, y encontré á Julia sola. (Muy excitado.)
- BRIG. Porque ya habria pasado el peligro; que ántes bien resonaba una voz varonil. Aquí había un hombre encerrado con ella.
- ANTERO. (Ap. á Luis, olvidando su propósito en su arrebato ) ¡Estas cosas me sulfuran! Puedo jurar á usted que la puerta no estaba más que entornada cuando yo los sorprendí abrazándose.
- LUIS. ¿Cómo?
- ANTERO. (Tapándose la boca.) Imbécil... (Antero y Luis continúan hablándose aparte.)
- LUIS. Luégo ¿usted los pilló?
- ANTERO. Amigo... No encuentro manera de recoger la frase. Juzgo no apelar en vano á la discrecion de usted?...
- LUIS. ¡Oh! ¿Y era persona conocida?
- ANTERO. No le ví, porque cerré de sopeton, y al volver á presentarme ya había desaparecido.
- LUIS. (Á Brígida generalizando la conversacion.) ¿Y usted no logró atisbarle?
- BRIG. No, señor; pero, recelando que al entrar don Antero, Francisco—que para mí es el encargado de la vigilancia—daría escape al intruso, me situé en el balcon del gabinete y á la luz de un reverbero pude distinguir al señor Mendoza que, levantando la cabeza, me saludó

con mucha afabilidad, tomándome al parecer por la señorita.

LUIS. ¡Ah! ¿Conque era Terencio?

ANTERO. De cualquiera lo creería yo mejor que de él. Un vanidoso que, para que le supongan afortunado en amores, se pasa la vida rondando la calle en que habita una belleza, hablando en voz baja con las señoras de cosas fútiles y estudiando, en fin, la manera de que el ruido supla en él la falta de nueces!... Es un alardeador con talento, eso sí; pero que, como las fiestas oficiales, pasaría desapercibido si no fuera por sus salvas y colgaduras.

LUIS. No obstante, tiene atractivos; y las mujeres siempre elijen por agentes de sus ocultos manejos á aquellos individuos en quiénes ménos sospechas pueden recaer.

BRIG. Yo cuento lo que he visto. Ahora: ¿salía de aquí? ¿Pasaba casualmente por la calle?

ANTERO. Eso último sin duda. Una coincidencia.

LUIS. Aguarde usted, aguarde usted... No debe ser todo hijo del azar, porque ahora ato yo cabos y...

ANTERO. ¿Qué?

LUIS. Justo. Anoche, despues de la ópera, al retirarme del club á eso de las tres, sorprendí á Terencio escondido en el portal de allí enfrente, haciendo como que encendía un cigarro con un manojo de fósforos.

BRIG. ¡Pues! Una señal...

ANTERO. ¡Doña Brígida! (Reconviniéndola.)

LUIS. Yo seguí mi camino sin saludarle y ahora pienso que procedí muy cuerdamente; pues de otro modo se hubiera interrumpido la cita.

ANTERO. ¿La cita?

LUIS. ¡Digo!...

BRIG. ¡Vaya!...

ANTERO. ¡Bah! Eso no. Conozco su carácter. Apuesto á que sólo por alumbrar su vanidad con cerillas para que los transeuntes se libren á la maledicencia, se ha pasado de planton ahí toda la noche.

BRIG. Sí; pero lo malo no es que se pase ahí de planton todas las noches...

ANTERO. ¡Eche usted esos!...

BAIG. Lo grave es que su venida coincide...

LUIS. ¿Con qué?

ANTERO. (Ap.) (No tener á mano un bozall...)

BRIG. (Muy sigilosamente.) Con haber esperado esta noche pasada á que yo me acostase para abrir la puerta con sigilo; aunque no con tanto que no oyese yo el crugir de unas botas y el cuchicheo de una conversacion íntima.

ANTERO. ¿Cómo? (Con enojo creciente hasta el fin.)

LUIS. Pues si aciertas lo que traigo en el cuévano te doy un racimo.

ANTERO. ¿Y no pudo ser un criado que saliese á algun asunto urgente?

BRIG. Ese es el pretexto...

LUIS. Además de que un asunto se origina de cuando en cuando; pero no todas las noches.

ANTERO. ¡Hombre! Si aquí no se trata más que de ayer.

LUIS. De ayer que se apercibiera esta señora: ¿pero y las veces que la habrá pillado dormida?...

BRIG. Y yo que tengo un sueño tan duro.

ANTERO. Acabará por volverme loco. ¿En qué se fundan ustedes para hablar pluralizando?

LUIS. ¡Ay! Amigo mio... ¡El que hace un cesto hace ciento!

BRIG. Y el querer y el rascar...

ANTERO. (Sin poder contenerse.) ¡Jesús! ¡Jesús! Quédense ustedes con Dios, que yo me marcho en busca de mi prima.

LUIS. No le hará mucha gracia el incidente. Cuénteselo usted.

ANTERO. Es claro; y ya para lo que falta lo pondré en el *Diario de Avisos*. Espero que me hagan ustedes el favor de darse un punto en la boca.

BRIG. En cuanto á mí...

LUIS. Pues yo... (Ambos haciendo protestas.)

ANTERO. (Ap. á Luis.) ¿Quiere usted saber cuál es mi carácter? No lo creo todavía.

- LUIS. Es lástima, doctor, que no se haya usted casado, porque hubiera usted hecho á su mujer feliz en toda la extension de la palabra.
- ANTERO. Lo temo. (Váse por el fondo.)
- BaIG. ¡Qué inocente!
- LUIS. Sí; es un remendon de faltas sociales. Viene poniendo tapas y medias suelas á la moral pública. (Suena un timbre.)
- BaIG. ¡El timbre! Ya acabó de vestirse la señorita y me llama para apagar las luces. Sí... aquí viene. (Mirando á la puerta lateral.) Me marchó. Per Dios... no diga usted... (Váse por el fondo.)
- LUIS. No. Con un ama de llaves y un portero en la confidencia ¿á qué tomarse el trabajo de contar lo que ha de divulgarse solo?

## ESCENA X.

LUIS y JULIA.

- JULIA. ¿Usted el primero en llegar? ¡Qué sorpresa!
- LUIS. Como cuerpo más simpático al iman de esos ojos, obedezco más de prisa al poder atractivo de tan irresistible agente. (Salúdanse y se sientan.)
- JULIA. Los madrigales son las camelias del ingenio; en gracia de la belleza se les perdona la falta del perfume de la sinceridad. Con todo; agradezco á usted el sacrificio de haberse separado de madame Latour, privándola á ella de las del sentimiento por venir á ofrecerme á mí flores retóricas.
- LUIS. ¿Tambien usted me casa influida por la voz general? No hay que dar crédito á lo que se murmura. Entre Sofia y yo existe el recuerdo del difunto.
- JULIA. No es valla esa para detener á un enamorado.
- LUIS. No; pero sí barrera temible para saltada por un marido.

## ESCENA XI.

DICHOS, SOFÍA, D. ANTERO y TERCENCIO por el fondo. La primera habla con dejo gaditano.

- ANTERO. ¡Vamos! Allí está, desahógate. (Á Sofia por Julia.)
- JULIA. ¡Sofía! (Corriendo á abrazarla.)
- SOFIA. ¡Julia de mi corazon! (Se besan repetidas veces.)
- JULIA. Cuánto te agradezco esta visita. (Torencio saluda á Luis.)
- SOFIA. Déjame que te mire sin talcos ni colorete... ¡Qué hermosa! Razon tenía Oteló de estar anoche tan celoso... ¿Verdad, Luis?
- LUIS. Yo hubiera hecho lo mismo. (Estreehando la mano que Sofia la tendió al acercarse á saludarla.)
- SOFIA. Y no es usted moro.
- JULIA. Siempre bromista.
- SOFIA. He perdido la paciencia y me he venido sin esperar á Antero, á quien he encontrado en el portal. Pero á lo nuestro, hija, que tenemos lo ménos doce años que contarnos y áun no hemos pedido la palabra.
- JULIA. Siéntate aquí. (Sofía y Julia se sientan en un tete á tete. D. Antero y Luis se encaminan hácia la chimenea que está en el lado opuesto, y Terencio en el ínterin va á saludar á la dueña de la casa.)
- ANTERO. (Ap. á Luis.) (Figúrese usted si corre la calumnia; ya le han dicho las de Cifuentes á mi prima que los paseos cotidianos de Julia son para ir á reunirse con Terencio.)
- LUIS. ¿Sí? ¿Tuvo usted, segun eso, ocasion de enterar á Sofia del asunto?
- ANTERO. En globo, un momento, mientras le daba el brazo para subir lo escalera. (Siguen hablando confidencialmente.)
- TERENC. (Saludando á Julia.) Dispense usted, que ántes por no interrempir la expansion...
- JULIA. Buenas noches, Mendoza. (Dándole la mano indiferente mente.)
- SOFIA. Pues está esto bueno; me he dejado el abanico en casa

de Dolores. Como allí no necesita una abanicarse; está tan agitada siempre la atmósfera con la conversacion...

- JULIA. Ten el mio. (Dándole su abanico.)
- SOFIA. Esto es desnudar á un santo para vestir á otro.
- JULIA. Debe haber alguno más aquí sobre la mesa... (Se levanta para tomarlo; pero en mitad del camino Terencio, que lo ha cogido, se lo presenta.) Gracias.
- TERENC. (Ap. á Julia.) (No encuentro á Sofía esta vez tan guapa como en el viaje anterior. (Quedan hablando un momento entre sí.)
- LUIS. (Ap. á Antero.) (Observe usted cómo cuchichean en secreto.)
- ANTERO. (Ap. á Luis.) (Estará preguntando qué hora es para excitar nuestra malicia; conozco su sistema.)
- SOFIA. Terencio, deje usted los discursos para cuando sea usted diutado; no me distraiga usted ahora á Julia.
- LUIS. (Ap. á Antero.) (Mire usted qué poco le ha gustado el aparte á Sofía.)
- ANTERO. (Ap. á Luis.) (Pero, hombre: ¿Quiere á la una ó á la otra? Usted hace á pluma y á pelo )
- LUIS. (Ap. á Antero.) (Porque en el mundo se hierra á fuego y á frio.) (Julia vuelve á sentarse junto á Sofía y Terencio se reune al Doctor y á Luis; con lo que hombres y mujeres quedan formando dos grupos distintos.)
- SOFIA. ¿Y cómo te veo metida en el teatro? Digo, si no te humilla mi pregunta.
- JULIA. Nada de eso. Mi viudez... las adversas circunstancias de mi existencia...
- SOFIA. Yo tambien enviudé en París hace seis años; sólo que, en vez de venir á ménos, vine á España á fincar.
- TERENC. ¿Han estado ustedes hoy en el paseo?
- LUIS. Yo sí; y no te he visto.
- TERENC. Tuve quehaceres importantes á esa hora. (Este personaje siempre que habla da cierta malicia á sus palabras y las acompaña de una sonrisa burlona; pero sin afectacion ni ridiculez )
- LUIS. Recibe mi parabien.
- TERENC. ¿Por qué?

- LUIS. Porque supongo que los habrás resuelto satisfactoriamente. (Dándole un golpecito en la mejilla.)
- TERENC. ¡Malicioso!
- SOFIA. Al ménos tu casamiento fué por amor; pero á mí á los diez y seis años me cogió mi padre—que como recuerdas, era general, y de caballería—y me dijo: «Niña, el mes que viene al altar; que potros como monsieur Latour no sale más que uno en cada cien remontas.
- JULIA. ¡Pobre Sofía! Cuentan, sin embargo, que pronto vas á desquitarte de aquel acto de sumision con otro de libre albedrío?
- SOFIA. ¡Yo! ¿Con quién?
- JULIA. Con Luis.
- SOFIA. ¡Jesús! Hace un siglo que me están casando con él, y aún no ha abierto la boca para explicarse. Creo que no le disgusta; pero la tal boda parece la cuestion de Oriente; no acaba de decidirse nunca.
- LUIS. (Á Terencio en su grupo.) Pues viento no hacía para tener que meterte en un portal...
- TERENC. Siempre hay un poco de brisa á las tres de la madrugada.
- LUIS. Si aquello era una antorcha de fósforos. Francamente, chico, cualquiera lo toma como yo, por una señal.
- TERENC. ¿Por una señal? ¡Qué malos son los hombres, don Antero.
- ANTERO. Mucho, sí señor, mucho.
- TERENC. Porque media docena de veces le vean á uno encendiendo el cigarro delante de la casa de una mujer bonita, ya han de formar juicios desfavorables.
- LUIS. (Ap. á Antero.) (Pues cuando él confiesa seis?...)
- ANTERO. (Ap.) (El uno malicioso y el otro con más vanidad que un pavo... (Alto á Terencio.) Á mí se me figura que causas de esta naturaleza deberían defenderse con mayor empeño del que usted pone en negar lo que la malicia concede gratuitamente.)
- TERENC. No sé qué más le de hacer yo, como no quiera usted que me ponga á reñir batalla con todos los que me gas-



ten una broma. Ahora mismo acabo de formalizarme con las de Cifuentes, porque no querían creer que sólo por pura casualidad, iba yo esta tarde en mi victoria por San Antonio de la Florida detrás del carruaje de Julia.

LUIS. Verdaderamente, el azar es incomprendible.

TERENC. ¿Cómo?

LUIS. Te impiden quehaceres importantes exhibirte como de costumbre en el Retiro, y precisamente tus diligencias van á estar en la misma direccion que á Julia se le ocurre tomar para dar hoy su paseo ..

TERENC. Dices bien... ¡Qué coincidencia!...

LUIS. Fatal.

ANTERO. (Ap.) ¡Con qué destreza nos habla primero de sus ocupaciones, para hacer como que cae indiscretamente en lo del encuentro y obligar á la sospecha á meterse en la red tendida por el amor propio! Á cierta clase de gente debería considerársele la lengua como arma prohibida.

JULIA. Lo que me extraña es que, dados tus méritos y tu fortuna, no hayas vuelto á casarte aún.

SOFIA. Pues, bien; ¡á qué negártelo? Mi corazón—porque yo tengo uno aunque no lo demuestro—fluctúa entre ese problema que no se resuelve (Por Luis.) y una incógnita que no se despeja.

JULIA. ¿Cuál?

SOFIA. Un muchacho que desde que enviudé parece seguirme por todas partes; pero cuya silueta se borra con la misma facilidad con que se dibuja ante mis ojos; es una linterna mágica. Ni sé adónde va ni de dónde viene. Su nombre me es igualmente desconocido; pero aquella penetrante mirada, hecha con rayos del sol de Andalucía, contrastando con la tristeza de una frente sobre la que flotan sedosos cabellos, y en la que bullen melancólicas ideas como las que inspiran á los poetas de la Escandinavia las brumas de sus lagos, te confieso que despierta en mi espíritu aspiraciones hácia un ideal.



que juzgué irrealizable fuera de la ilusion. ¡Ay! Perdóname, hija; estoy hablando como una tonta al hablar como un libro.

JULIA. Es disculpable; tu vida no ha tenido novela.

SOFIA. Ayer llegué á Madrid y me sorprende que todavía no se haya puesto en mi camino; pero estoy persuadida de que cuando ménos lo presuma, veo su sombra recostada en una puerta... ¡Jesús! Mírale. (Reparando en Enrique que aparece en el fondo.)

JULIA. ¿Quién? ¡Él! Enrique!... (Volviéndose y dando un grito de sorpresa que reprime al instante.)

SOFIA. (Ap. y penetrando con la mirada en el corazón de Julia.) ¡Cómo! ¿Él y Enrique á secas? Se me figura que he sido demasiado expansiva.

## ESCENA XII.

DICHOS y ENRIQUE.

TERENC. ¡Hola! (Un neófito.) (Ap. á los otros.)

LUIS. ¿Le conoce usted?

ANTERO. No, es la primera vez que le veo. (Enrique saludó á Julia. Ésta hace su presentacion á Sofía.)

JULIA. Permítame, Sofía, que te presente á mi amigo don Enrique de Cárdenas. (Presentándola á su vez.) Madame Lautour cuyos méritos se compendian en su nombre.

SOFIA. No haga usted caso de Julia; porque aunque Sofía significa inteligencia en griego, á mí me bautizaron en Cádiz, que casi está en los antípodas.

ENR. Ya me había hecho la fama el elogio de esta señora, pero no podía presumir que fuese la misma en cuyo camino se complace en ponerme la casualidad.

JULIA. ¿Se encuentran ustedes á menudo?

SOFIA. (Ap.) (¡Con qué venenito está hecha la pregunta!) (Alto.) Cada tres semanas: no parece sino que hayamos organizado juntos el itinerario. (Ap.) (¡Toma!)

JULIA. ¿Pero estos señores huyen de nosotras? (Dirigiéndose á los caba leros que acuden junto á ella.)

- ANTERO. De ningun modo. Supusimos que querrían ustedes abandonar-se á sus recuerdos...
- JULIA. El doctor Fonseca. (Presentando á los caballeros entre si.)
- SOFIA. (Ap.) (Indudablemente hay algo más que amistad entre los dos. Yo lo averiguaré; pero se lleva chasco Julia si piensa que le voy á ceder el terreno. Si á ella... le gusta, yo le amo.
- JULIA. (Ap. á Sofia.) (Y bien. ¿Tu duende?...)
- SOFIA. (Ap. á Julia.) (La verdad, no me ha producido la impresion que yo esperaba; acaso tratándole... ¿Dónde le conociste tú?
- JULIA. ¿Yo? En... Florencia.
- ANTERO. (Ap. á Luis.) (¡Qué hombre tan simpático, me encanta!)
- LUIS. (Ap. á Antero) (Predispone favorablemente.)
- TERENC. (Á Enrique.) ¿De modo que habrá usted encontrado Madrid desconocido?
- ENR. En efecto, y como decía, entre todas las construcciones, la que más me ha llamado la atencion ha sido ese hotel.
- TERENC. ¿El de Madame Latour?
- SOFIA. ¡Qué! ¿Se ocupan ustedes de mi pobre choza?
- ENR. Es un primor.
- LUIS y TERENC. Preciosísimo.
- JULIA. ¿Querrás creer que todavía no lo conozco?
- SOFIA. ¿Aún no te ha llevado? Hijo. ¿No te ha dejado media hora libre de tu profesion? ¿Tanta gente has tenido que matar? Yo repararé su falta. Mañana comes conmigo.
- JULIA. Imposible, trabajo por la noche.
- SOFIA. Pues vente á almorzar «sans façon.»
- JULIA. Eso es diferente.
- SOFIA. Terencio, Luis; ¿cuento con ustedes en familia? (Ambos aceptan con una inclinacion. Á Enrique.) Yo no sé si la amistad que me une á Julia me autoriza á esperar de la que usted le profesa que acepte usted, á título de partida de campo, una invitacion en que desatiendo las más rudimentarias reglas de la cortesía.
- ENR. Semejante franqueza me honra demasiado, señora, para que deje yo de contraer este nuevo motivo de recono-

cimiento.

**SOFIA.** Gracias. (Ap.) (Los tendré junto á mí y los podré observar. ¡Vaya, que me han entrado los azules!) (Alto á Julia.) Ahora, si tú fueras una niña muy complaciente muy complaciente, me darías un gusto.

**JULIA.** ¿Cuál?

**SOFIA.** Nos cantarías, últimamente, ántes de que lleguen otros contertulios, la cancion del Sauce que anoche no pude yo saborear preocupada con tu encuentro.

**JULIA.** De buen grado accedería, pero no creo que haya quien me acompañe.

**SOFIA.** Acaso este caballero...

**ENR.** Desgraciadamente no soy músico, señora.

**SOFIA.** ¿Usted, Luis?

**LUIS.** Mi oido es el de un cañon.

**JULIA.** Y don Antero...

**ANTERO.** Yo no toco más instrumentos que los de cirujía.

**TERENC.** Aunque no soy fuerte, ya sabe usted que en algunas ocasiones he tenido el honor de acompañarla. ¿Si se digna usted admitir mi concurso?... (Sofia, Antero y Luis cruzan una mirada de inteligencia.)

**JULIA.** Es verdad... no recordaba. (Ap.) (Quise evitarlo y no pude.)

**SOFIA.** Entónces nos hemos salvado.

**TERENC.** Lo que siento es molestar á usted, porque no soy bastante buen repentista para seguir la voz sin prévio ensayo. Permita usted, pues, que repasemos juntos el aria un par de veces.

**SOFIA.** Cuantas sea preciso con tal de oirla.

**TODOS.** Sí.

**JULIA.** Vamos allá. (Julia toma la partitura del *Otelo* y con Terencio se dirige al piano á ensayar en voz muy baja. Los demas personajes quedan agrupados en primer término sosteniendo su diálogo.)

**SOFIA.** (Á Enrique con intencion encubierta.) ¡Qué amable es Julia! ¿Dónde la conoció usted?

**ENR.** En... la Habana. (Titubeando.)

- SOFIA. (Ap.) ¡Pues! Al ladito de Florencia que dijo la otra. Hay que distraerle del canto de la Sirena.) (Alto.) Tiene un carácter tan bueno... y además una rectitud de principios...
- LUIS. ¡Oh! Sí... (Con cierto tono sarcástico por lo exagerado.)
- ANTERO. (Ap. á Luis.) (El silencio de usted le será á ella más favorable que su elogio.)
- ENR. Á mí siempre me ha parecido una mujer superior.
- SOFIA. ¿Superior?... Sí, superior, esa es la palabra. (Reprimiendo su despecho, pero muy intencionalmente.) Yo no creo nada de lo que se dice de ella.
- ENR. ¿Cómo? (Con desagradable sorpresa.)
- SOFIA. (Ap.) (Le hizo efecto.)
- ANTERO. (Ap.) ¡Imprudente!
- ENR. (Afectando indiferencia.) Pero... ¿es que acaso ponen en duda su virtud?
- ANTERO. (Contemporizando.) No, sino que la infeliz que se consagra al teatro está, como usted no ignora, sentenciada á priori á la murmuración.
- SOFIA. Con todo, se cuenta...
- ENR. ¿El qué?
- LUIS. (Ap.) (Está celosa de Julia y pugna por inquirir si es verdad lo que el doctor le ha referido de sus amores con Terencio.)
- ANTERO. (Impidiendo que Sofía hable.) Delante de este caballero, á quien vemos por la vez primera, parece inútil cuando no poco oportuno...
- ENR. No me ligan á esa señora otros vínculos que los superficiales de un trato no frecuente; por lo tanto pueden ustedes expresarse delante de mí con entera libertad. Es más, confieso á ustedes que hago colección de crónicas. (Sonriendo violentamente.)
- SOFIA. (Ap.) ¡Cómo finge y cuánto sufre!
- ENR. ¿Conque... lo que en Madrid se murmura de ella es?...
- ANTERO. (Ap. á Luis.) ¡Hombre! Ayúdeme usted á impedir que esto sea el secreto á voces.) (La situación de cada personaje queda definida. Sofía se empeña en denigrar á Julia á los ojos

de Enrique; éste devora sus celos por inquirir la verdad con su calma aparente. Luis quiere convencer á Sofía de que Terencio es el amante de Julia, y D. Antero se esfuerza por evitar que la noticia se propale.)

SOFIA. Yo no sé, pero pretenden que todos los días da paseos solitarios en carruaje...

ENR. ¡Ah!

SOFIA. Y que la sigue en su victoria un caballero á quien repetidas aventuras han procurado cierta notoriedad...  
(Recalcando.)

ANTERO. Coincidencia... pura coincidencia.

LUIS. Sí, pero cuando estas se repiten...

ANTERO. (Ap. á Luis.) (Vaya un concurso que me presta usted.)

ENR. ¿Y quién es el favorecido?

SOFIA. Alguien á quien vende el exceso de disimulo.

ANTERO. (Ap. á Luis.) (Se lo encaja. ¿Qué tiene mi prima?)

LUIS. (Ap. á Antero.) (¿Aún no se convence usted de que los celos la devoran?)

ANTERO. (Ap. á Luis.) (Voy creyendo que no anda usted desca-  
minado.)

ENR. ¿Y yo le conozco?

SOFIA. ¿No le llamé á usted la atencion el retintin con que reclamaba el derecho que, circunstancias anteriores, le habian dado de acompañarla en todo? (Mirando al piano con sonrisa sarcástica.)

ENR. ¡Cómo! ¿Ese hombre? (Por Terencio y abandonándose á la ira.)

SOFIA. (Ap. y herida en su amor propio.) (¡La ama!)

ANTERO. (Ap.) (Se lo encajó.)

ENR. (Disimulando su enojo.) Ha sabido elegir.

SOFIA. (Mirando á Terencio.) Sí; buen mozo lo es.

LUIS. (Ap. á Antero.) (Se le van los ojos detrás de Men-  
doza.)

ANTERO. (Ap. á Luis.) Hay gustos que merecen palos.

SOFIA. (Haciendo notar la conversacion de Julia y Terencio.) Ahí los tiene usted... Sabe Dios lo que se estarán diciendo; pero con el pretexto de la música...

- ANTERO. (Ap. á Sofía.) (Repórtate, hija, estás dejando ver tus celos.)
- ENR. (Provocando alguna prueba más.) Por supuesto que si las sospechas no tienen otra base, parece poco sólido el cimiento en que estas se fundan.
- SOFIA. (Ap.) (Ciego como buen enamorado.)
- ANTERO. Todo conjeturas... Suposiciones gratuitas.
- SOFIA. Claro está; porque si esta calle es camino suyo, ¿qué tiene de particular que todas las noches al retirarse del club le vean parado en el portal de ahí enfrente?
- ENR. ¿Cómo?
- ANTERO. Para encender un cigarro que le dura hasta su casa. (Ap.) (Sudo tinta.)
- LUIS. Con muchos fósforos á la vez!...
- ANTERO. Por el viento...
- SOFIA. No, ya hace casi calor; pero por lo visto protege la industria.
- ENR. No puede admitirse otra suposición; porque si no hace más que pasar por la calle...
- SOFIA. Acaso entre...
- ENR. ¿En dónde?
- ANTERO. (Respirando al verla) ¡Ah! Silencio. Doña Brígida. (Ap.) (Dios me la manda. Á ver si cambio la conversacion.)

### ESCENA XIII.

DICHOS y DOÑA BRÍGIDA.

- BRIG. Don Antero. Un recado de la señora de Iriarte.
- ANTERO. ¡Infeliz! Se me olvidó ir á operarla. (Hablando con Sofía y con Luis para evitar que ellos lo hagan con Enrique.)
- SOFIA. ¿Qué tiene?
- ANTERO. Un cáncer en la lengua.
- SOFIA. Se ha movido tanto en esta vida.
- ANTERO. Si á eso fuéramos habría epidemia en Madrid. En cuan

to canten voy allá.

ENR. ¿Decía usted que acaso entre?... (Á Sofía.)

ANTERO. (Ingiriéndose.) Se me pasó participarte que desde mañana tienes á tu servicio á doña Brígida.

SOFIA. (Separándole para dirigirse á Enrique.) Ya me lo has contado, hombre.

ANTERO. No me acordaba. (Interponiendo á Brígida.) Muéstrese usted reconocida...

BRIG. Yo le agradezco mucho á la señorita el favor que me dispensa....

SOFIA. (Abriéndose paso.) No hay de qué.

ANTERO. (Haciendo una nueva tentativa.) Lo positivo es que á tu lado...

LUIS. (Ap. viendo los esfuerzos del doctor.) ¡Qué torbellino!

SOFIA. Sí; á mi lado no verá echar la llave á la sala cuando se reciben visitas.

ANTERO. (Ap.) (Lo enmienda.)

ENR. Luego aquí?... (Como asociándose á la malicia.)

BRIG. Ya sé yo que en casa de la señorita no se esperará á que yo me acueste para abrir con sigilo la puerta de la escalera.

ENR. ¿Qué? (Aturdido.)

LUIS. Sí señor. (Á Enrique con sorna.)

ANTERO. (Desesperado.) Doña Brígida, váyase usted á sus quehaceres... ¡Dios mio, qué lenguas!

SOFIA. ¡Ah! ¿La mia tambien?

ANTERO. Tambien la tuya.

SOFIA. Pues tú eres el que me has dicho sin rodeos que los has sorprendido á los dos dándose un abrazo.

ENR. ¡Oh! (Aterrado.)

ANTERO. ¡Puml (Imitando un estadillo.)

SOFIA. (Ap. yéndose al piano con Luis.) (Ahora que elija.)

ENR. (Á Antero.) ¿Es eso cierto?

ANTERO. Sí... es decir, no... En fin, usted no se preocupe; porque á veces es uno actor en un suceso. Se echa á volar la noticia y, cuando se la cuentan al interesado, está ya tan desfigurada que hasta el mismo protagonista cree

que se trata de otro asunto distinto.

**SOFIA.** Van á cantar. Callemos.

**ENR.** (Ap.) (Lástima que en el mundo no haya un concierto permanente.) (Todos se sientan; comienza el preludio y cae el telon.

**FIN DEL ACTO PRIMERO.**



---

## ACTO SEGUNDO.

---

Elegantísimo salon en el hotel de Sofía con los ángulos cortados y una puerta en cada uno de los dos chaflanes del fondo. La de la izquierda, cerrada con hojas de corredera, conduce al comedor; la otra es la entrada. Mucho lujo y profusion de muebles y adornos, entre los cuales un estereóscopo grande de pie colocado delante del balcon del primer término de la izquierda. En el lado opuesto otra puerta conduce al interior.

### ESCENA PRIMERA.

D. ANTERO colocando en el estereóscopo unas fotografías que tiene sobre una mesa volante; despues DOÑA BRÍGIDA.

ANTERO. «Puente de los Suspiros en Venecia.» Pues, señor, no veo ninguno; serian de monja y se los habrán comido. «La catedral de Colonia...» Buen país y buen agua; aunque á mí me gusta más la de la fuente del Berro. «Constantinopla: El cuerno de oro.» ¡Bah! No se necesita ir á Stambul para ver panoramas por este estilo.

BRIG. ¿Está usted aquí?

ANTERO. Así parece.

BRIG. Como no conozco aún la casa no sé por dónde ando; ahora acabo de meterme por equivocacion en el cuarto

de doña Sofía, lo que me ha valido un rúpice... ¡Qué mal humorada está!

ANTERO. No será por mi conversacion; desde que salimos ayer de casa de Julia no le he dirigido la palabra más que para darle las buenas noches al recogernos. Y bien: ¿Qué hay?

BRIG. Una señora que pregunta por usted.

ANTERO. ¿Por mí?

BRIG. Sí señor; viene con una niña y lleva la mano en cabestrillo. Dice que ayer debió usted ir á operarla.

ANTERO. (Levantándose.) No pase usted adelante, ya sé quien es. ¡Pues me porto para tratarse de una cliente nueva!

BRIG. La he hecho entrar en el gabinete de las consultas.

ANTERO. Voy, voy en seguida. Afortunadamente no es más que cuestion de un lancetazo; pero la pobre debe haber pasado la noche en un ¡ay! ¡Qué memorial Y á propósito, ya se me olvidaba; correo de Cuba... carta para usted. (Dándole una.)

BRIG. De mi comadre: la que aguardo con tanta ansiedad. Ahora tendremos antecedentes de la cantante. ¿No quiere usted oír? (Viendo que se va.)

ANTERO. Luégo. Lo que le suplico á usted es que se los reserve. (Ap.) (Un par de dias más como los últimos y doy en un manicomio.) (Váse.)

## ESCENA II.

### DOÑA BRÍGIDA.

Al cabo va á despejarse la incógnita, porque indudablemente me manda las noticias que le pedí acerca de doña Julia. Á juzgar por el bulto viene toda su biografía. (Registrándose.) ¡Bien! No tengo aquí los anteojos. ¿En dónde me los habré dejado? Yo los llevo siempre en el bolsillo... ¡Vaya! Pues como si estuviese ciega; sin espejuelos no soy capaz de leer ni la Salve que la sé de memoria. (Abre la carta y saca de ella una fotografía.)

¡Ah! Si es que me devuelve el retrato que le envié del famoso ruiñeñor. ¡Qué parecida! Está hablando. (Lo contempla colocándosele á distancia.) «Mi...» (Intentando leer la carta.) Nada, imposible; y eso que por el hueco de cada letra puede pasar un soldado de caballería.

### ESCENA III.

BRÍGIDA y D. ANTERO sacando á remolque á MATILDE que pugna por desasirse de él.

ANTERO. Tonta, no llores.

MAT. Yo no quiero que le hagas daño á mamá Antonia.

BRIG. ¿Qué?

ANTERO. No, hija mia, si aquel cuchillito es para mondar manzanas. Ven, ven por acá.

BRIG. ¡Ah! Ya comprendo.

ANTERO. Doña Brígida, encárguese usted de entretenerla mientras yo desempeño mi cometido. ¡Qué imprudencia venir con una criatura á hacerse una operacion!

BRIG. Es verdad.

ANTERO. (Á Matilde.) Conque aquí muy quietecita. ¿Eh? (Á Brígida.) Pronto acabo. (Váse.)

BRIG. Yo respondo de distraerla.

### ESCENA IV.

DOÑA BRÍGIDA y MATILDE.

MAT. ¡Qué casa tan bonita!

BRIG. ¿Te gusta?

MAT. ¡Vaya! ¿Es tuya?

BRIG. Toda, no.

MAT. Oye... ¿Tú quién eres?

BRIG. Una señora que quiere mucho á las niñas que son buenas. ¿Cómo te llamas?

MAT. Matilde.

BRIG. ¿Matilde qué?

- MAT.** Matilde nada más.
- BRIG.** (Ap.) ¡Ah! ¡Vamos!... ¿Pero qué apellido tiene tu papá?)
- MAT.** No sé... no lo conozco. (Dicho con la mayor ingenuidad.)
- BRIG.** (Ap.) ¡Angelito! ¿Á que juega en el ajo algun Relator como aquel de marras que recogía niños de su cosecha?)
- MAT.** ¿No van á cortarle la mano á mamá Antonia?
- BRIG.** ¡Qué tontería! Dí: esa mamá Antonia no es tu mamá.
- MAT.** No.
- BRIG.** ¿Tu aya?
- MAT.** Sí.
- BRIG.** Y tu mamá verdadera, quién es?
- MAT.** Ella no quiere que lo diga.
- BRIG.** (Ap.) ¡Pues!) Alguna señorona... (Alto.) Aquí estamos solas; anda, te compraré un juguete muy lindo.
- MAT.** Un lloron?
- BRIG.** Sí.
- MAT.** Á verlo.
- BRIG.** Antes dime su nombre.
- MAT.** No puede ser. Me tiene mandado que allí donde la vea haga como que no la conozco.
- BRIG.** (Ap.) ¡Qué tal si hay intríngulis!) (Alto.) Luégo... ¿tú no vives con ella?
- MAT.** No.
- BRIG.** ¿Y á pesar de ser tan chiquitita sabes representar ya esos papeles? Te habrá costado cada zurra el aprenderlo.
- MAT.** Á mí no me pegan nunca; yo soy muy mona.
- BRIG.** Ya lo noto. (Acariéiándola.)
- MAT.** Pero... ¿si vieras? Me riñó tanto en Paris una vez que la encontré en la calle y la llamé mamá.
- BRIG.** ¡Ah! ¿Tú has estado en Paris?
- MAT.** Sí.
- BRIG.** ¿Y cuántos años tienes?
- MAT.** Cinco.
- BRIG.** ¡Cinco! (Como ajustando cuentas para sí.)

- MAT. ¿Eso es mamá Antonia que grita? (Queriendo marcharse.)  
BRIG. No. (Deteniéndola.)  
MAT. Yo quiero irme con ella.  
BRIG. Escucha.  
MAT. Que me dejes, que aquel señor la va á pinchar con el cuchillo.  
BRIG. No tengas miedo.  
MAT. Sí; ven tú tambien. (Tirando de ella.)  
BRIG. Aguarda... Toma.  
MAT. ¿El lloron?  
BRIG. Mira qué preciosidad. Para tí. (Dándole la fotografía que extrajo de la carta y guardándose ésta en el bolsillo sin mirar á Matilde.)  
MAT. ¡Ay! ¡Mi mamá!... (Fijándose en la fotografía; pero clavando en seguida los ojos en Sofía que ha aparecido en la puerta lateral al mismo tiempo que Matilde empezaba á decir su frase.)  
BRIG. ¿Qué? (Asombrándose de lo que ha oido, y queriendo leer en la mirada de Matilde, si en su exclamacion, ha aludido realmente á la fotografía de que vuelve á apoderarse.)

## ESCENA V.

DICHAS Y SOFÍA.

- SOFÍA. (Á Brígida precipitadamente.) ¡Jesús! Vaya usted en seguida allá dentro ó ayudar á mi primo.  
BRIG. Permite usted que ántes... (Queriendo contar lo ocurrido.)  
SOFÍA. Es que se ha desmayado una señora á quien estaba haciendo una operacion...  
MAT. (Ap.) (Ahora que no ven.) (Váse.)  
SOFÍA. Al demonio no se le ocurre convertir mi casa en teatro anatómico, precisamente en un día de convite.  
BRIG. Pues... usted no sabe...  
SOFÍA. Yo solo sé que me asusta el ver sangre, y que me he encontrado á Antero que salía del gabinete con las manos como una remolacha pidiendo una taza de té.  
BRIG. Bien; pero usted ignora...

- SOFIA. Y lo que quiero es que haga usted venir al momento un carruaje, y que se vayan benditas de Dios la mamá y la niña.
- BRIG. La niña es hija suya.
- SOFIA. Sí, de la enferma; ya me lo han contado.
- BRIG. No; de su amiga de usted, de la cantante, de doña Julia.
- SOFIA. ¡Eh! ¿Qué está usted diciendo? (Fijando la atención con asombro.)
- BRIG. Lo acabo de descubrir ahora mismo por este retrato en que la pequeñuela ha reconocido á la autora de sus días.
- SOFIA. Eso es imposible.
- BRIG. Pregúnteselo usted á ella... ¡Matilde! ¿Á dónde se fué? (Buscándola.)
- SOFIA. No está aquí.
- BRIG. Ya se me ha escabullido. Tanto que me encargó don Antero que no se separase de mi lado!... (Trata de irse y Sofía la detiene.)
- SOFIA. (Preocupada.) Pero aguarde usted un poco. ¿No hay más pruebas que lo de la fotografía?
- BRIG. ¡Vaya! De sus mismos inocentes labios he sabido que no tiene noticia de su padre, y que doña Antonia, la que la acompaña, no es su mamá.
- SOFIA. (Ap.) (Y Enrique que—sin duda para mortificar mi orgullo—pretende que, desprovisto de fundamento bastante, debe ser injurioso cuanto se murmura de ella. ¡Si esto es verdad, qué ocasion de desengañarle provocando en su presencia el reconocimiento de Julia por su propia hija!...
- BRIG. (Ap) (Parece preocupada con la nueva.) (Alto.) Si me lo permite usted, voy en su busca.
- SOFIA. (Impidiéndolo.) Un momento. (Ap) (Será prudente poner una mordaza á esta señora.) (Alto.) Excuso recomendar á usted que se guarde para sí sola esas conjeturas que no tienen sentido comun.
- BRIG. ¡Cómo! Pues lo que yo he oído...

- SOFIA.** Usted estaba distraída tal vez...
- BRIG.** Puedo jurar...
- SOFIA.** Basta. Sepa usted que mis amigos son inviolables en mi casa para todos; además de que eso es absurdo.
- BRIG.** (Ap.) (¿Absurdo? ¿Á no ser que la niña...) (Asaltada por una idea y mirando sospechosamente á Sofia.) Y bien puede, porque atando cabos...
- SOFIA.** (Ap.) (Antero es el que con su optimismo va á estorbar mis planes si los llega á presumir.) (Alto.) Sobre todo reserva absoluta con mi primo.
- BRIG.** ¡Ah! También con el doctor. ¿Y por qué?
- SOFIA.** Eso es lo que á usted no le importa.
- BRIG.** (Ap.) (¡Qué grosería!)
- SOFIA.** Yo no acostumbro á dar explicaciones á mis criados. Si no le gusta á usted así lo deja.
- BRIG.** (Ap.) (¡La muy orgullosa!) (Alto.) No fué mi intención explorar el ánimo de la señorita.
- SOFIA.** Lo supongo.
- BRIG.** (Ap.) (Tanto empeño en ocultar faltas ajenas, alguna causa propia reconoce.) (Alto.) Voy, pues, á hacer que pidan un carruaje...
- SOFIA.** No, al contrario. Hay que evitar que se vayan.
- BRIG.** ¡Ah! ¿Ahora la señorita quiere que se queden? (Ap.) (Si aquella manera de decir «¡ay mi mamá!...»)
- SOFIA.** Sí, el estado de la enferma no es para zarandearla.
- BRIG.** (Ap.) (¡Malo! ¡Malo! Aquí hay misterio. La edad del angelito, la circunstancia de haber estado en París...)
- SOFIA.** Usted se encargará de la niña.
- BRIG.** ¿Cómo?
- SOFIA.** No separándose de ella para evitar que ningun extraño la dirija la palabra si no es delante de mí.
- BRIG.** (Ap.) (¡Digo! ¡Digo!...)
- SOFIA.** Puede usted retirarse, y cuidado con hacer á esas criaturitas preguntas indiscretas.
- BRIG.** Descuide la señorita; me han llevado á bautizar envuelta en muy buenos pañales, y por decoro propio no me mezclo en ciertos asuntos. (Ap.) (Toma lecciones.)

SOFIA. Le doy á usted mi enhorabuena por lo de los trapitos de cristianar, y... vaya usted con Dios. (Váse Brigida) Se me figura que á esta benemérita no le aprendo yo la cara de memoria.

## ESCENA VI.

SOFÍA; á poco ENRIQUE y LUIS.

SOFIA. Diríase que mi conciencia rechaza el proyecto que medito. ¿Y por qué? ¿Conozco sus inclinaciones? ¿He de poner mi amor á los piés de su veleidad? Y si desgraciadamente se tratase de una aventurera, ¿qué se perdería con desenmascararla? (Revolviéndose contra su idea) ¡Oh! Celos, celos... Sentimiento bastardo; no respondo de ser fuerte si no quemó mis naves. Voy á hacer que se vayan y... (Trata de salir, pero retrocede al ver llegar á Luis y Enrique.)

LUIS. Dispense usted, Sofía, si tratándose de venir á ver á usted, puede más en nosotros la impaciencia que la exactitud.

SOFIA. Yo iba á preguntar á ustedes si tenían los relojes atrasados. (Se saludan.)

ENR. (Mirando el suyo.) En efecto, señora; en el mio aún no son las doce, y sin embargo, observo que el sol está ya en su cénit. (Aludiendo á ella.)

SOFIA. Tal vez un error de meridiano.

LUIS. No, la diferencia natural. Corriendo tras la hermosura se camina siempre al Oriente.

SOFIA. Muy fuertes deben ustedes ser en astronomía para obtener observacion alguna en un cielo tan cargado con los vapores de la lisonja.

ENR. Rogué á este caballero que me acompañara en mi primera visita; por consiguiente, si hay laureles que repartir, los reclamo todos para el que me ha dirigido.

SOFIA. Luis suele tener felices inspiraciones.

ENR. El asunto le debe ser tan simpático. (Con acentuada intencion.)



- SOFIA. (Ap.) (¿Qué dice?)
- LUIS. Como á todo el mundo. (Devolviéndole la frase.)
- ENR. (Realmente cohibido.) ¡Ah! Sentiría haber sido indiscreto.
- LUIS. No, ¿Por qué?
- ENR. Estoy verdaderamente anonadado; no supuse que hubiese inconveniencia en repetir lo que es objeto de la conversacion general.
- SOFIA. ¿Pero qué es lo que se cuenta? Porque yo no estoy en autos.
- ENR. ¿Usted me autoriza?
- SOFIA. Se lo ruego.
- ENR. Pues bien, se da como cosa resuelta el matrimonio de usted con Luis.
- SOFIA. ¡Jesús, qué disparate! Es decir... ¡Qué desgracia para nuestro pobre amigo!
- LUIS. Tiene usted razon, señora, porque supongo que alude usted al inevitable fracaso de mi candidatura.
- SOFIA. No, sino á que poseyendo por el contrario más de un distrito propio donde elegir, sería una tontería presentarse candidato cunero.
- ENR. Y sin embargo, anoche era el tema obligado en casa de Julia. Hasta juraría que se indicó la fecha de la ceremonia.
- LUIS. Hablillas de desocupados.
- ENR. No son mis títulos para aspirar á una confidencia, por lo tanto no insisto; pero, al recrdar el tono de conviccion con que circulaba la noticia, aún abrigo la duda de que me estén ustedes dando una broma sin carreta.
- SOFIA. Realmente yo no brillo por la memoria, pero no creo que se me fuera á óvli<sup>h</sup>dar un párrafo tan importante de la novela de mi vida. (Á Luis.) ¿Usted recuerda si me ha hecho alguna declaracion?
- LUIS. Yo?... Nunca. (Ap.) (La tal alusion es todo un proceso contra mí.
- SOFIA. Ya lo oye usted.
- ENR. Hay que convenir en que no es el motivo lo que le ha

- faltado á este caballero. Apelo á su buen gusto. (Sofía baja los ojos.)
- LUIS. Indudablemente. (Ap. á Enrique.) (Pero no insista usted, porque yo soy incansable como los llorones franceses.)
- ENR. Sería cruel prolongar la chanza despues de mi impremeditacion.
- SOFIA. ¿Aún? (Ap.) (¿Si estará celoso y hablará con despecho?)
- LUIS. Propongo que abordemos otro asunto á fin de no abusar de la benevolencia de Sofía.
- SOFIA. No, si á mí el tema me complace en extremo. Lo único que me extraña es la tenacidad con que Enrique aboga por la voz pública, cuando acabo de asegurarle que usted, con gran sentido práctico, jamás me ha dirigido la más leve insinuacion.
- ENR. Señora, yo la creo á usted, pero tambien doy crédito al mundo, porque es posible que ambos tengan ustedes razon.
- SOFIA. ¿De qué manera se concilia eso?
- ENR. Cuando un hombre carece de valor para afrontar el éxito de una demanda, suele delegar plenipotenciarios.
- LUIS. (Bromeando.) Justo; se declara por poderes.
- SOFIA. ¿Qué? (Figiendo estar asaltada de una idea.)
- ENR. Así, pues, el que este caballero haya callado—tal vez por excesiva modestia—no excluye el que algun amigo haya podido aceptar la honrosa mision de hablar en su nombre...
- SOFIA. ¿Por poderes?... ¿Un amigo?... ¡Ah! Ahora sí que creo comprender... Esto es una iniquidad. (Cubriéndose la cara con el abanico.)
- LUIS y ENR. ¿Cómo?
- SOFIA. ¡Qué infame emboscada! (En tono de amable reconvenccion.)
- LUIS. Pero Sofía...
- SOFIA. (Á Luis.) Usted será encogido en lides de amor, porque los más valientes suelen temblar ante las cosas más inofensivas; pero posee usted un tacto especial para escoger cómplices que le animen.
- LUIS (Alarmado.) ¡Ah! ¿Usted supone que yo?...

- SOFIA. ¡Coaligarse dos hombres contra una débil mujer!... Quite usted, monstruo.
- LUIS. (Ap.) (Ahora cree que me he declarado á ella por conducto de este. . (Á Enrique.) Pues me ha metido usted en buen berenjenal.)
- ENR. ¿Yo?
- SOFIA. La trama ha estado bien urdida, pero hallo el procedimiento poco generoso.
- LUIS. (Ap. á Enrique.) (¿Cómo le digo yo que se ha equivocado sin cometer una grosería?)
- ENR. Señora, yo no sé si felicitar me de haber provocado un esclarecimiento con mi inocente concurso, ajeno á toda premeditacion.
- SOFIA. (Ap.) (Está celoso.) (Alto.) ¿Viene usted á agravar el delito con la burla? Y yo que me reía siempre que los demas me hablaban en sério de la pasion de Luis!...
- LUIS. No merezco que modifique usted su conducta.
- SOFIA. Eso no sería delicado, persuadida como estoy ya, de que no se trata de una broma.
- ENR. Efectivamente.
- LUIS. (Ap.) (¡Y vuelta!) (Alto.) Suplico á usted...
- SOFIA. Si estoy aturdida.
- LUIS. (Ap.) (No me deja meter baza.) (Alto.) Lo concibo; pero dígnese usted escucharme.
- SOFIA. ¿Que le escuche á usted? Es decir, que le conteste... Hijo, usted es moroso en decidirse; pero una vez lanzado...
- LUIS. (Ap.) (Lo traduce al revés.)
- SOFIA. Confío en que esto no pase de una broma de buen género; pero deje usted que me reponga del susto... despues ya veremos. ¡Ah! Mi primo viene. Delante de él ni una palabra; porque, entusiasta de esa idea, á la más leve alusion, es capaz de echarse á correr á encargar los dulces.
- LUIS. (Ap. á Enrique.) (Pues señor, le quedo á usted sumamente agradecido.

## ESCENA VII.

DICHOS y ANTERO.

- ANTERO. (Ap.) ¡Horrible revelacion! Sofía medita algun plan diabólico.) (Alto y saludando.) ¡Oh! Señor de Cárdenas.
- ENR. ¡Doctor!...
- ANTERO. ¿Qué tal va, Luis? (Sofía habla aparte con Enrique y Antero con Luis.)
- LUIS. Mire usted... pasando.
- ANTERO. ¿Pues cómo? (Tomándole el pulso creyendo que alude á la salud.)
- LUIS. No, quiero decir que paso, ó lo que es igual, que no juego.
- ANTERO. Usted se entenderá.
- LUIS. (Ap.) (Y haré porque me entiendan tambien.)
- SOFIA. ¿Cómo sigue la enferma?
- ANTERO. Mejor.
- SOFIA. (Satisfaciendo la curiosidad de Luis y Enrique.) Una buena señora que ha venido á que le dieran un pinchazo en un dedo y ha tenido un accidente. ¿Y la niña?
- ANTERO. Cogiendo flores en el jardin.
- SOFIA. (Alarmada.) Cuidado con el estanque.
- ANTERO. No hay miedo. Ahora acaba de bajar con ella doña Brígida que la iba buscando por toda la casa.. (Ap.) (Y á quien, gracias á su intemperante locuacidad, he encargado que dé pasaporte á las dos para evitarnos una escena.)
- SOFIA. ¿Saben ustedes que empieza á extrañarme la tardanza de Julia?
- ANTERO. Aún no hay motivo para ello. (Consultando el reló.)
- LUIS. Terencio tampoco anda hoy muy exacto.
- SOFIA. Con ese no hay que contar hasta la aparicion de la «Diva.»
- ANTERO. (Ap. á Enrique.) (Ya esgrime la lengua. ¡Qué saña!)
- SOFIA. Vendrá sirviéndola ó de heraldo ó de escolta.

- ENR. (Ap.) (Ni puedo, ni tal vez debo defenderla; pero me indigna que la acusen delante de mí.)
- ANTERO. Sí; es capaz de haberse estado en acecho para dar margen á que, viéndolos entrar juntos, se sospeche que los ha retenido una misma causa.
- ENR. No es ciertamente la reputacion de ese caballero para que se le considere protagonista de aventuras; y con lo poco que he tenido ocasion de tratarle, juzgo que su fama es merecida.
- ANTERO. (Ap. á Enrique) ¡Bravo, amigo! Unámonos, que la union hace la fuerza.)
- SOFIA. (Ap. á Luis.) (Siempre recalcitrante en esta cuestion.)
- LUIS. (Ap. á Sofia) (Usted vencerá su impenitencia.)
- SOFIA. (Alto á Enrique) Para ser aficionado á coleccionar crónicas, como me dijo usted anoche, le encuentro á usted un poco exigente.
- ENR. Es) prueba, señora, que no soy un bibliófilo adocenado; ejemplar que yo adquiero para mi biblioteca ha de tener una autenticidad incontestable.
- ANTERO. (Ap. á Enrique.) (Así, así; hay que extirpar el abuso; corte usted como yo por lo sano.)
- LUIS. (Ap. á Sofia.) (Diríase que su empeño es justificarla. ¿Abrigará algun interés?)
- SOFIA. (Ap. á Luis.) (Acaso. Por lo ménos lastimar mi amor propio.) (Alto.) Tratándose de una amiga mia nadie más interesada que yo en que la murmuracion se equivoque; pero contra mis buenos deseos está la evidencia.
- ENR. ¿La evidencia?
- SOFIA. ¿No la sigue á todas partes?
- ENR. Lo concedo; pero eso mismo viene á desmentirle, porque nunca es más reservado el amor que cuando más derechos posee.
- LUIS. (Ap. á Sofia aludiendo á Enrique.) (¡Pues! Como *verbi gracia*.)
- SOFIA. Con todo; se oye abrir las puertas á deshora.
- ENR. (Mal reprimiendo su creciente indignacion.) ¿Y quién asegura que se abran por Terencio?

- LUIS. (Ap. á Sofia.) (No puedo decir más claro que es por él.)
- SOFIA. (Ap.) (¿Me arroja el guante?)
- ENR. Hay criados en la casa.
- SOFIA. Hasta aquí los dos abogamos por el mismo pleito; y de buena gana haría punto final, si no fuera por el abrazo aquel sorprendido por mi primo y que nos obliga á parar la atencion en Julia como todo lo que se pone entre paréntesis.
- ANTERO. Poco á poco; yo no he dicho jamás que fuese Mendoza, porque no le ví la cara.
- SOFIA. ¿Y quién entónces?
- ANTERO. ¡Qué sé yo! Algun pariente...
- SOFIA. ¡Já, já, já! Eso no sucede más que en las noveluchas.
- LUIS. Además de que ella está sola en el mundo.
- ANTERO. ¡Pobrecita! No tiene quien la defienda.
- ENR. (Ap.) (¡Oh! Hay que hacerles callar para que aprendan al ménos á respetar la desgracia.
- SOFIA. No; mientras otro no lo reclame, hay que convenir en que, dados los antecedentes, el abrazo le pertenece á Terencio. ¿No es esto lógico? (Á Enrique con sorna.)
- ENR. Señora; lo que yo puedo conjeturar es que teniendo Julia á su marido en Madrid...
- TODOS. (Con asombro.) ¡Qué!
- SOFIA. ¿Su marido? ¡Qué sospecha! (Temiendo adivinar que sea Enrique el marido.)
- LUIS. ¿Casada?
- ENR. (Ap.) (¿Habré ido demasiado léjos?)
- ANTERO. Ella se da por viuda...
- SOFIA. Este caballero parece estar mejor enterado que nosotros. ¿Y quién es él?
- ENR. (Reprimiéndose.) Hasta ahí llegan mis noticias.
- ANTERO. Algun bribon.
- ENR. Tengo entendido... que media entre ambos una separacion amistosa.
- ANTERO. Pues eso es; que estaban reconciliándose en el momento en que yo los sorprendí sellando el pacto de alianza. ¡Y pensar que nos habremos codeado con él mil veces!

- LUIS. Y que acaso le tratemos.
- SOFIA. Si... (Á Enrique.) ¿Pero no sabe usted ni siquiera su nombre?
- ENR. No señora.
- LUIS. (Ap. á Sofía con incredulidad.) ¡Bah! Este procede con la reserva que exige su situación.
- SOFIA. (Ap. á Luis.) (¿Usted cree?)
- ENR. Pero me atrevo á asegurar desde ahora que es indigno de ella; pues, despreciando sus virtudes, la expone á que el mundo la mida por el rasero de las más despreciables mujeres.
- ANTERO. ¡Bravo, alma generosa! (Queda hablando aparte con Enrique mientras Luis hace lo propio con Sofía.)
- LUIS. Ya oye usted el panegírico que hace del otro; es claro. ¿Cuál es tu enemigo?
- SOFIA. Dice usted bien. (Ap.) (Respiro mejor; no es más que su amante.)
- LUIS. ¡Pero qué obcecado! Discípulo de Santo Tomás.
- SOFIA. Déjele usted, que ya le haré yo ver para que crea.

## ESCENA VIII.

DICHOS y DOÑA BRÍGIDA corriendo tras de Matilde.

- MAT. (Dentro.) No me alcanzas.
- BRIG. (Id.) Aguarda.
- SOFIA. La niña de la enferma en cuestion.
- ANTERO. (Ap.) (¿No le has dado escape? Pues nos hemos lucido.)
- MAT. (Apareciendo seguida de Brígida.) Yo quiero ir con mi mamá. (Ap.) (¡Ay! ¡Cuántos señores!...)
- BRIG. (Ap.) (¿Qué tal? ¡Cómo se calla así que la ve!)
- LUIS. Es preciosa. (Acariciándola todos.)
- ENR. Monísima.
- SOFIA. Ven acá, Matilde. ¿Por qué llorabas?
- BRIG. Porque no quería dejarse coger. En cuanto me vió se puso á sortearme; pero corre como un gamo. (Ap. á Antero.) (He hecho lo que he podido...)

- SOFIA. ¿Qué no daría Julia por una compañera así en su soledad? (Á Enrique con intencion haciendo fiestas á Matilde.) Diga usted. ¿No ha tenido hijos nunca?
- ANTERO. (Ap.) (Ya pareció el peine.)
- ENR. No señora; su matrimonio, segun mis informes, quedó roto al mismo pie de los altares.
- SOFIA. ¡Ah!
- BRIG. Por aquí tampoco. (Ap. registrándose los bolsillos y buscando algo por el suelo y sobre las mesas.)
- SOFIA. Pues yo juraría haber oido...
- ENR. ¿Qué? (Poniéndose sobre sí.)
- ANTERO. Nada; mi prima lleva el demonio en el cuerpo. (Ap. á Enrique con quien queda hablando confidencialmente mientras Sofia y Luis hacen lo propio.)
- LUIS. ¿Pero realmente usted sabe algo?
- SOFIA. Todo. Secunde usted mis planes; esta niña es hija de Julia
- LUIS. ¿De Julia?
- ENR. ¿No entrevé usted en sus palabras cierta intencion?
- ANTERO. (Ap.) (De toro.) (Alto.) No. (Ap.) (Es preciso que yo tome una determinacion enérgica.)
- SOFIA. ¿Cuántos años tienes? (Á Matilde generalizando la conversacion.)
- MAT. Cinco.
- SOFIA. Y miren ustedes que coincidencia; hace seis que casi al mismo tiempo que yo quedaba viuda, ella se casaba.
- ANTERO. (Ap.) (¡Uf!)
- ENR. (Ap. á Antero.) (Decididamente; su alusion es manifiesta.)
- SOFIA. ¡Qué carita de porcelana! (Teniendo á la niña de la mano y dirigiéndose á Antero y Enrique, de cuya circunstancia se aprovecha Brigida para tener su breve aparte con Luis.)
- BRIG. Hay novedades.
- LUIS. Ya lo sé; ha parecido la mamá de la niña.
- BRIG. ¿Y quién cree usted que sea?
- LUIS. Julia.
- BRIG. ¡Cá! (Retirándose por temor de ser observada.)
- LUIS. ¿Cómo? (Muy extrañado.)



- SOFIA. Mientras llegan los rezagados propongo que vengan ustedes á ver mis plantas tropicales.
- ANTERO. Muy buena idea; y toda vez que la paciente está ya mejor, busque usted un coche (Á doña Brígida.) y que se retiren la mamá y la niña.
- SOFIA. ¡Oh! Nunca.
- ANTERO (Ap.) (Adios.)
- BRIG. (Ap.) (Es claro )
- SOFIA. Esa señora no sale de aquí.
- ANTERO. Pero si ya está bien .
- SOFIA. Le puede repetir el accidente en la calle y decirse despues, con razon, que yo soy una mujer sin entrañas.
- BRIG. (Ap. á Luis y esquivándose en seguida.) (Así empezó el re-lator y acabó por introducirme en casa á su hijo.
- LUIS. (Ap. confundido.) (¿Eh?)
- ANTERO. Advierto que. .
- SOFIA. Basta Tú ya no recuerdas que, fuera del acento que es andaluz, mi organizacion es puramente aragonesa. (Ap. á Luis.) (Ni á tiros me arrancan á mí la niña.) (Se la sienta en las rodillas y departe en voz baja con Luis. Enrique y Antero sostienen tambien una conversacion confidencial hasta el fin de la escena.)
- ANTERO. No hay remedio; lleva á cabo su plan.
- ENR. ¿Su plan?
- ANTERO. Es decir, el que yo presumo. Sí; vale más que no le pille á usted de sorpresa. Ha averiguado que esta niña es hija de Julia...
- ENR. (Anonadado.) ¿Qué?... Imposible.
- ANTERO. Desgraciadamente parece que el hecho es cierto.
- ENR. Las pruebas... las pruebas.
- ANTERO. No están muy distantes. Doña Brígida. (Reteniéndola al pasar junto á ellos.) ¿No asegura usted que Matilde reconoció á su madre en la fotografia de Julia que le han devuelto á usted de la Habana?
- BRIG. (Titubeando.) ¡Ah! Sí... en efecto...
- ENR. Debe haber error.
- BRIG. (Ap.) (Dice bien; pero ¿cómo le espeto yo al primo que

la niña no dijo: ay mi mamá, por el retrato, sino por doña Sofía que entró al mismo tiempo en la Sala?

ANTERO. Ahora que recuerdo; hay un modo de salir de dudas.

ENR. Pronto.

ANTERO. (Á Brigida.) Á ver: ¿dónde está la carta que le ha escrito á usted su comadre? En ella existirán pruebas fehacientes.

BRIG. Y tanto; pero me la guardé sin leerla y debe haber tomado igual rumbo que los anteojos.

ANTERO. ¿Cómo?

BRIG. No sabía que tuviese este agujero en el bolsillo. (Mostrando el roto.)

ANTERO. ¡Qué oportunidad! Nos da el gran espectáculo en el almuerzo.

ENR. Hay que impedirlo.

ANTERO. Á todo trance; porque, sobre lo poco grato de la escena, en la ignorancia en que estamos de quién sea él, cualquier imbécil le encaja un día al marido esa pildora en el cuerpo.

## ESCENA IX.

DICHOS y TERCENCIO.

TERENC. Pido á usted perdon por mi tardanza, Sofía, aunque creo no ser el último en llegar. (Saluda á todos.)

SOFIA. En efecto.

LUIS. Perezoso. (Con malicia.)

ANTERO. (Ap.) (Á este hombre le saludaría yo á cachetes.)

SOFIA. ¿Y Julia? ¿No sabe usted qué es de ella?

TERENC. Casualmente la he visto en una tienda donde estaba haciendo compras para la función de esta noche, que han cambiado, y me ha pedido el favor de disculparla con usted... No tardará. (Todos cruzan una mirada de inteligencia.)

ANTERO. (Ap.) (El sargento de los *Magdyares*.)

MAT. (Á Terencio.) ¡Ay! Yo te conozco.

TODOS. ¿Qué?

TERENC. (Acariciándola.) ¡Cómo! ¿Tú aquí, hija mía?

MAT. ¿Por qué hija mía? ¿Qué, tú eres mi papá, caballero?

TERENC. No. (Todos rien, Enrique sufre.)

BRIG. (Ap. á Luis.) (Pues mire usted, se le parece.)

SOFIA. ¿Tu papá no está en Madrid?

MAT. Si yo no sé quién es.

TODOS. ¡Ah! (Explicándose su desgracia.)

ANTERO. ¡Angelito!

TERENC. ¡Pero qué memoria! Porque, efectivamente, ayer me apeé un momento por San Antonio de la Florida, y me quedé encantado al ver á tan tierna criatura prodigar consuelos á la señora que la acompaba, y que parecía sufrir mucho de una mano.

SOFIA. ¡Ah! Sí... Ayer tarde; cuando dió la coincidencia de que iba usted siguiendo el coche de Julia, por lo que gastaron á usted aquella broma las de Cifuentes. (Ap.) (¿Con Terencio y Enrique?... Pues es una alhaja.)

TERENC. Justo... Entónces. (Con su habitual sonrisa.)

ANTERO. (Ap.) (Furia del averno.)

SOFIA. (Ap. á Luis y haciéndose oír de Enrique.) No hay que preguntar ya el objeto de las citas.

ENR. (Ap. á Antero.) (No puedo más.)

ANTERO. (Conteniéndole.) (Calma.)

SOFIA. Conque... ¿Vamos á ver mis flores?... (Á Brígida.) Traiga usted unas sombrillas que encontrará usted encima de la mesa de mi cuarto.

MAT. ¡Ay! Yo voy contigo á buscarlas.

BRIG. ¿Me la llevo?

SOFIA. Corriente; con tal de que no se separe usted de ella y vuelvan aquí al instante.

BRIG. (Ap. á Matilde.) (Ven, que te da permiso la mamá... digo, la señorita... (Ap.) (¡Qué troles para una mujer tan amante de la tranquilidad como yo!) (Vánse Brígida y Matilde.)

SOFIA. (Á Terencio.) ¿Y dice usted que hoy no se repite *Otelo*?

TERENC. No, cantan *Norma*.

SOFIA. Debe estar sublime Julia en el papel de la Sacerdotisa

que deja apagar el fuego sagrado. Su voz es tan potente...

LUIS. ¿Y quién hace de Polion?

TERENC. Creo que es un debutante.

SOFIA. Triste condicion la de las artistas, tener que enamorarse cada noche de una cara nueva.

## ESCENA X.

SOFÍA, ENRIQUE, D. ANTERO, LUIS, TERCENCIO y JULIA,  
que ha oído el fin de la escena anterior.

JULIA. Por fortuna el público nos redime al enterarse de que todo es una inocente calumnia del autor.

ENR. (Ap.) ¡Ella!

LUIS. Julia.

SOFIA. Es verdad; pero fingís tan bien. (Besándola y quitándole el sombrero.)

ANTERO. Dispense usted que no haya volado á su encuentro; no me han prevenido. (Todos la saludan.)

JULIA. Á qué tomarse la molestia...

TERENC. (Á Julia.) Cumplí con Sofía el encargo que se dignó usted confiarme.

SOFIA. Estos caballeros estaban impacientes...

JULIA. Me extraña, porque á tu lado se debe perder la nocion del tiempo. (Saludando á Enrique y á Luis.)

SOFIA. Tan discreta como hermosa. ¿No sé qué te encuentro hoy? Tienes una alegría en los ojos...

JULIA. Me rejuvenezco siempre que toca á su fin la temporada.

TODOS. ¡Ah! (Extrañándose.)

SOFIA. Yo creí que los laureles...

JULIA. Ruido, humo, ilusion, la vida está en el hogar. Hay su embriaguez en los aplausos; pero no valen lo que cuesta. Ficciones, asechanzas, peligros, heridas á veces constituyen la corte de esa soberana que se llama gloria, á cuyos ruidosos halagos renunciaré con deleite el dia en que la paz me brinde de veras con su ignorado silencio.

- ENR. (Ap.) (Sí, pero reposarse en el seno de la virtud por cansancio del vicio; adquirir con la falsa moneda de la mentira la única verdad de la existencia, es horrible, es infame.)
- JULIA. ¿Sabes que habitas un palacio?
- SOFIA. ¿Te gusta?
- JULIA. Me encanta.
- LUIS. Es suntuoso.
- SOFIA. Ya lo visitarás luego en detalle.
- JULIA. Entre tanto déjeme en libertad de que escudriñe todas las preciosidades que adornan tu salón. Yo soy como los chiquillos, miro con los dedos. (Revolviendo las estatuas y adornos que hay sobre las mesas.)
- SOFIA. Estás en tu casa.
- TERENC. Yo llamo á este hotel el museo Latour. (Reuniéndose á ellas.)
- JULIA. Con razón.

## ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA BRÍGIDA y MATILDE.

- BRIG. (Dentro.) Cuidado con romperlas.
- LUIS y ENR. (Ap.) ¡Oh!
- ANTERO. (Ap. á Enrique.) (Estalla la mina.) (Aparece Matilde con una sombrilla abierta acompañada de Doña Brígida que lleva otra cerrada. Todos, menos Terencio, se ponen en guardia para observar la impresion que el encuentro produce en la niña y en Julia.)
- MAT. ¡Qué sol tan fuerte!
- JULIA. (Ap.) (¿Esa voz?..)
- MAT. ¿Vamos á paseo?
- JULIA. (¡Matilde!) (Ap., reconociéndola, pero dominándose heroicamente.)
- MAT. ¡Ay! (Dejando caer la sombrilla al ver á Julia.)
- TODOS. ¿Qué? (Acudiéndola mientras Terencio queda con Julia.)
- MAT. (Rehaciéndose.) Nada... que me he hecho pupa con la sombrilla. Pícara. (Golpeándola con el pié.)
- ENR. (Ap. á Antero.) (Se ha conmovido...)

- ANTERO. No.
- MAT. (Ap.) (Mi mamá.)
- LUIS. (Ap. á Sofía.) (¡Qué imposible!)
- SOFIA. (Dándose á sí propia una explicacion.) (Por lo visto la niña no ha reparado aún en Julia.)
- JULIA. (Ap.) (¿Me han tendido una emboscada ó me persigue una funesta casualidad? Las fuerzas me abandonan.) (Dirigiéndose á mirar adornos en otro mueble más distante á fin de disimular su emocion.)
- SOFIA. (Á Julia por la niña.) ¿Has visto en tu vida una cara más interesante?
- JULIA. Sí... es muy linda.
- ANTERO. (Ap. y con júbilo.) (¡Cá! Ni indicios.)
- SOFIA. Y se parece á álguien que yo conozco.
- TODOS. ¿Á quién?
- SOFIA. No sé. (Á Matilde empujándola hácia Julia.) Anda á dar un beso á esa señora...
- JULIA. ¡Qué niña tan anable! (Ap. mientras la besa.) (Por Dios... calla.)
- MAT. (Ap. con igual juego.) (Como una muerta.) (Julia vuelve á su entretenimiento. Matilde se reúne á Sofía.)
- TERENC. ¡Qué profusion de bronces!
- SOFIA. (Ap. con despecho.) (¿Nada? ¿Qué es esto?)
- BRIG. (Ap.) (¿Qué tal si tengo narices? No haré yo aquí los huesos duros.)
- ENR. (Ap.) (¡Señor! ¿Será inocente?) (Salvo las alteraciones que exija el juego escénico, la colocacion de los personajes será la siguiente: Julia y Terencio cerca del balcon; en el centro Enrique y Antero formando un grupo, y Luis y Brigida otro; y del lado de la puerta Sofía y Matilde.)
- ANTERO. (Ap.) (La han calumniado.)
- SOFIA. (Ap. por Brígida.) (¿Me habrá mentido esta mujer?) (Á Matilde sentándose en las rodillas.) Dí, Matilde; si tú no eres hija de esa señora que ha venido á curarse la mano, ¿quién es tu mamá? (Todos escuchan con gran ansiedad; Julia se apoya en la silla que hay delante del estereoscopio.)
- ANTERO. (Ap.) (No ceja.)

- MAT. ¿Mi mamá? Yo no la he visto nunca.
- TODOS. ¡Ah!
- ANTERO. (Ap.) (Me alegro.)
- ENR. (Ap.) (Gracias, Dios mio.)
- JULIA. ¡Bendita sea! (Ap. y dejándose caer en la silla en que se apoyaba.)
- TODOS. ¡Qué! (Yendo á socorrerla y deteniéndose al creer haberse equivocado.)
- JULIA. (Disimulando.) Un estereóscopo! Ya tengo yo entretenimiento para todo el día.
- SOFIA. (Ap. y observándola sin moverse de su sitio.) ¡Oh! No me me engañas; algo ocultas.
- TERENC. (Á Julia que hace girar instintivamente el cilindro.) Hay fotografías sorprendentes. Yo le evitaré á usted la molestia de renovarlas.
- SOFIA. Sin padre ni madre... (Á Enrique y Antero que se hallan junto á ella.)
- ENR. y ANTERO. Pobrecita.
- SOFIA. Pues, francamente; este no es el siglo de las obras del Espíritu-Santo.
- BRIG. (Ap. á Luis.) (Ya le dije yo á usted que no se trataba de doña Julia!)
- LUIS. (Ap. á Brígida.) (Entónces... ¿quién es ella?)
- ANTERO. (Alto á Brígida.) Doña Brígida: Creo que debe usted tomar un carruaje para que se retire la paciente.
- SOFIA. ¡Oh! Jamás.
- TODOS. ¿Cómo?
- SOFIA. La enferma puede irse con Dios; pero la niña me interesa demasiado...
- JULIA. (Ap.) (¿Qué dice?)
- SOFIA. Y si no parecen sus padres, estoy resuelta á adoptarla. (Observando el efecto de sus palabras en Julia.)
- TODOS. ¡Oh!
- ANTERO. (Ap. á Enrique.) (¿Háse visto insistencia igual?)
- TERENC. (Á Sofía desde su sitio.) Bien, corazón de oro.
- SOFIA. (De estuco) (Ap. observando que Julia continúa mirando impasiblemente fotografías.)

- JULIA. (Ap.) (¿Es una hipócrita ó una santa?)
- BRIG. (Ap. á Luis.) (¡Vamos! El caso del Relator: ya nos ha metido en casa la criatura. ¡Qué costumbres!...)
- LUIS. ¡Cómo! ¿Segun eso... Sofía?...
- BRIG. Pues claro está; me consta.
- SOFIA. ¿No es verdad, amor mio, que me quieres mucho?
- MAT. Hasta el cielo. (Sofía se queda haciendo fiestas á la niña; Antero y Enrique conversan en voz baja; Luis y Doña Brígida hablan aparte; y Terencio y Julia siguen mirando las fotografías del estereoscopio.)
- LUIS. (En confidencia con Brígida.) ¿De modo que el padre?...
- BRIG. Ella enviudó hace seis años; la niña tiene cinco... y don Terencio fué durante un lustro, como dicen los poetas, el consocio de banca de Monsieur Latour... Conque ate usted cabos.
- LUIS. (Ap.) (¡Demonio! Y yo que creía que esto era un juicio mio particular... Pues me luzco si Sofía toma en serio lo de la declaracion.)
- ANTERO. ¿Quién la hace desistir? (Viniendo con Enrique al grupo de Luis y Brígida y generalizando con ellos la conversacion.)
- ENR. Ese rasgo la honra.
- LUIS. Sí...
- BRIG. Es muy buena la señorita, muy buena.
- SOFIA. (Ap.) (Yo vencida, humillada de esta suerte cuando esperaba saborear un triunfo.) (Alto.) ¿Te diviertes, Julia?
- JULIA. Muchísimo. Pronto concluyo.
- ANTERO. (Ap. á los de su grupo.) (Indudablemente es un falso testimonio que mi prima le ha levantado )
- ENR. (Ap.) (Pobre víctima.)
- ANTERO. Pero... ¿con qué objeto atribuirle esa maternidad?
- BRIG. Vaya usted á saber...
- LUIS. Á veces...
- ANTERO. ¿Por qué hablan ustedes con reticencias?
- SOFIA. (Ap.) (No tener á mano una de esas pruebas que confunden, que anonadan..) ¿Qué llevas en este medallon? (Á Matilde reparando en el que pende de su garganta.)



- MAT. ¿Aquí? El retrato de mi papá. (Todo esto en voz muy baja entre las dos.)
- SOFIA. ¿De tu papá?... (Ap.) (¿Es la Providencia que me escucha?) (Abriéndolo y asombrándose al ver la efigie.) ¡Jesús!... ¡Enrique!...
- MAT. Todas las noches le doy un besito al acostarme.
- SOFIA. ¿Y dices que nunca le has visto?...
- MAT. No.
- SOFIA. (Ap.) (Su inocencia no puede penetrar á través de los años como mi despecho.) (Cerrando el medallon al acercarse Antero, y poniéndose de pie sin dejar á la niña.)
- ANTERO. (Ap. á Sofía.) (¿Qué es eso? ¿Qué te sucede?)
- ENR. (En el grupo de Luis y Brígida.) Á veces se habla á placer de la lengua.
- BRIG. Es verdad.
- LUIS. (Ap. por Enrique.) (Pues aunque éste se hubiera clavado la suya...)
- SOFIA. (Ap. á Antero, torturando su abanico.) (Estoy muy contenta...)
- ANTERO. (Ap.) (Más va á estarlo el abaniquero.)
- SOFIA. Ya pareció el papá.
- ANTERO. ¿Sí?
- SOFIA. ¡Infame!
- ANTERO. ¿Pero quién es?
- SOFIA. Tan bien que sabes leer mis impresiones y no lo adivinas en mis celos?
- ANTERO. ¡Ah! (Creyendo comprender.)
- SOFIA. Ese... el mismo. Vete; déjame en paz. (Mal dominando su estado nervioso.)
- ANTERO. (Ap.) (¡Terencio! Entónces sí que es Julia la... Vaya, que me confundo.)
- SOFIA. (Si creo soñar.) (Ap. volviendo á examinar el retrato.)
- ANTERO. (Á los de su grupo.) Señores, noticion. Ya sabemos quién es el padre.
- LUIS y BRIG. Terencio.
- ENR. (Ap.) ¡Ah! (Se separa de ellos prudentemente y va á dar conversacion á Sofía.)

ANTERO. (Extrañado.) ¡Cómo! ¿La cosa era tan pública?

LUIS. ¡Toma, toma!... (Quedan los tres hablando entre sí y Sofía con Enrique.)

JULIA. (Ap.) (¿No acabará este día?)

ENR. (Ap. con Sofía.) (Permítame usted que la felicite por la hidalguía de sus sentimientos.

SOFIA. Yo le hacía á usted más generoso.

ENR. ¿Me dirige usted un reproche?

SOFIA. Cruel.

ANTERO. (Siempre á los suyos.) Pero esa madre conviene descubrirlo; porque puede cualquier incauto casarse con ella y tener que cargar con el mochuelo...

BRIG. Bonito papel!

LUIS. ¡Zambomba! Don Antero, me va usted á hacer un favor: decirle á su prima que lo de nuestra boda fué un puro lance de Carnaval.

ANTERO. (Comprendiendo la intencion.) ¿Qué? Es frase imprudente... Si; eso es... ¿Se atreve usted á sospechar de Sofía?...

LUIS. Calma, calma.

SOFIA. (Á Enrique.) Hubiera sido más noble evitarme el ridículo confesándome con lealtad que era usted el padre de esta niña.

ENR. ¿Su padre? ¿Yo?

SOFIA. No finja usted como ella y el angelito lo han hecho.

ANTERO. (En su grupo) La verdad... la verdad; la prefiero por horrible que sea á esta duda que me mata.

ENR. (Ap. á Sofía.) (Juro á usted que yo no he tenido hijos nunca.)

SOFIA. Defiéndase usted de esta acusacion. (Enseñándole el retrato del medallon.)

ENR. ¡Oh! ¡Qué infamial!

ANTERO. (Á Luis.) Acabemos

LUIS. Amigo mio... Usted es filósofo...

BRIG. Y cristiano...

ANTERO. ¿Conque es evidente mi deshonor?

LUIS. La banco siempre trae quiebras.

ENR. (Ap) (La ley protege; la separacion no es judicial y

presta á un hijo del crimen el nombre de su esposo.)

ANTERO. (Á Brígida.) ¿Pero Matilde no exclamó «¡ay mi mamá!» al ver la fotografía?

BRIG. Error mio, fué que la señorita entró en la sala en aquel momento.

SOFIA. (Á Enrique.) Ahora ya conozco á su amante. (Movimiento en él.) No tema usted; aunque le encuentre no iré á contárselo al marido.

ENR. El marido, señora... soy yo.

SOFIA. (Anonadada.) ¿Usted?

ENR. Silencio; lo ignoran todos.

SOFIA. (Ap.) ¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! (Matilde, al verse libre se refugia en el grupo central.)

ANTERO. (Ap.) (Me portaré como debo.)

ENR. (Ap. por Terencio y ya separado de Sofia.) (¡Saber que está ahí el que me ofende y tener que arrojar sobre mi enojo la capa de hielo de las conveniencias!) (Queda solo contemplándola desde el centro de la escena.)

ANTERO. (Ap. á Sofia con resolucion.) (Sofia, ¿tú amabas á ese hombre?)

SOFIA. Esa pregunta no la hace más que un necio.

ANTERO. Es posible. Pero... no te aflijas; te casarás con él.

SOFIA. Cállate y no divagues más. Si está casado.

ANTERO. ¿Casado?

SOFIA. Es su marido.

ANTERO. ¿De Julia?

SOFIA. Sí... (Ap.) (No me atrevo á levantar los ojos en su presencia.)

ANTERO. (Volviendo á su grupo.) Todo está perdido... ¡Ni el recurso de rehabilitar nuestro honor!... Terencio es casado!

BRIG. y LUIS. ¿Eh? ¿Con quién?

SOFIA. Haga usted que nos sirvan pronto. (Á Brígida mezclándose en su corro. Aquella va á salir; pero retrocede al ver abrir las puertas del comedor y aparecer al criado que oportunamente avisa á su señora.)

ENR. (Ap.) (Pero... ¿es su hija? Si todavía no lo creo... ¿Cómo descubrirlo? ¡Ah! ¡Qué ideal!) (Cogiendo aparte á la

- niña y abordándola por sorpresa.)
- SOFIA. Dime, ¿qué herida es esa que se ha hecho tu mamá?
- MAT. ¿Dónde? (Con candoroso interés vuelve la niña la mirada hácia Julia que está colocada, segun queda dicho, al extremo opuesto del lugar que ocupa Sofía, lo que da á Enrique la evidencia de lo que busca.)
- ENR. (¡Cierta es mi desgracia!) (Ap. con profundo desaliento.)
- MAT. No tiene ninguna!...
- ENR. Ninguna... ¡Á tu edad no se ven aún las heridas sin sangre!...
- SOFIA. ¡Ah! Por fin... (Haciendo reparar á Antero que ya están servidos.)
- ANTERO. (Ap.) (Cualquiera come hoy.) (Á Enrique.) Dígnese usted llevar á la mesa á mi prima. Usted á mi izquierda, Luis.
- SOFIA. (Tomando el brazo de Enrique y ap.) (Parece que voy presa en un círculo de fuego...) (Alto y con la mayor afabilidad.) Siento interrumpirte Julia...
- JULIA. (Levantándose.) Precisamente acababa en este instante.
- ANTERO. (Á Terencio.) Usted á la derecha de su mujer; digo, Jesús; de Julia... (Ap. á Brígida mientras da el brazo á Julia.) (Pasaporte á las dos en seguida... ¿Eh?)
- BRIG. (Ap. á Antero.) (Corriente; pero ya colije usted que una señora de mis circunstancias no puede permanecer aquí tampoco ni un minuto más.
- ANTERO. (Ap. á Brígida.) (Como usted guste.) (Para él.) Así como así se me figura que yo tambien emigro despues del café. ¡Qué bochorno! (Se dirigen al comedor del que se ve gran parte.)
- BRIG. (Yéndose con la niña por el lado opuesto.) Ven, hija, ven... ¡Señor! ¿No encontraré yo en Madrid una casa donde servir á mi gusto?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion del segundo.

### ESCENA PRIMERA.

SOFÍA y JULIA en un extremo de la escena tomando el café que les sirve un criado. En el opuesto ENRIQUE y TERCENCIO juegan al ajedrez. ANTERO y LUIS de pie, detrás de ellos siguen los incidentes de la partida. El doctor ofrece á sus amigos cigarros y licores.

SOFIA. Y luégo la suntuosidad de los edificios... No hay más que un París en el mundo.

JULIA. Viena pasa tambien por una hermosa ciudad.

SOFIA. Sí; pero diríase que los habitantes no le consagran un chiste á aquella naturaleza. No se sonrie nunca. (Ap. mientras toma un sorbo de café.) (Ya no sé de qué hablarla para entretenerla con frivolidades. Tengo un miedo de que la conversacion recaiga sobre su marido ó sobre la niña... porque yo no debo darme por enterada; me moriría de vergüenza.)

TERENC. Á la reina otra vez.

ENR. Decididamente tiene usted por esa pieza una predileccion marcada. (Enrique habla siempre con intencion y la su- pone así mismo en las palabras de Terencio.)

TERENC. Para mí es la más importante; y usted pone tan poco empeño en defenderla.

ENR. Caprichosa como mujer, se decide por quien más halagos le tributa. Yo en toda cuestion me voy á fondo: jaque al rey.

ANTERO. (Á Luis con quien sostiene un aparte.) (Las alusiones son ya muy frecuentes y harto claras. Temo una provocacion.

LUIS. La verdad es que no puede haber gran simpatía entre ambos si, como asegura usted, Terencio es su marido, cosa que dudo.

ANTERO. ¿Y por qué? ¿Por qué se lo calla? Nosotros no le conocemos más que de ayer, como quien dice; y una partida de casamiento no se lleva escrita en la frente. Pero en fin: ¿eso qué le importa al otro?

LUIS. ¡Pues no le ha de importar, hombre! No ve usted que, aunque Mendoza sea el propietario, Enrique es el que usufructúa el predio?

ANTERO. ¡Jesús! ¿Él? ¡Qué insaciable es la murmuracion; en donde vé morir una sospecha, planta en seguida una dudal

LUIS. Persuádase usted de ello.

ANTERO. Para ustedes el honor es como una flauta; no se puede tapar un agujero sin destapar otro.

JULIA. (Siguiendo su conversacion con Sofia.) Y á propósito; no hemos vuelto á ocuparnos de tu desconocido.

SOFIA. Efectivamente. (Ap.) (Debo estar como una amapola.) (Alto.) Ni siquiera me ha pasado por la imaginacion. ¡Qué calor hace!...

JULIA. Pues todo aquel entusiasmo...

SOFIA. (Ap.) (Se burla de mí; está en su derecho.) (Alto y con precipitacion.) ¡Qué tontería! Impresiones de viaje; pasatiempos de la imaginacion; recreaciones de óptica. ¿Tú crees que yo tengo fijeza? Si soy lo más voluble... sin que esto rece con el cariño que te profeso; porque el recuerdo de la niñez, las primeras imágenes de la vida, eso no se borra nunca.

JULIA. Pero...

- SOFIA. (Interrumpiéndola.) Luégo... ¿no sabes? (Ap.) ¡Ay! Quisiera decírselo todo yo.) (Alto.) Me preocupan asuntos muy serios... Luis se me ha declarado, y me parece que me caso con él. (Julia sonríe) ¿No quieres creerlo? Vas á convencerle. (Ap.) (Necesito pedir socorro.) (Alto y llamándole.) Luis?
- LUIS. (Acudiendo.) Señora...
- SOFIA. ¿No interrumpo alguna conversacion importante?
- LUIS. Al contrario, la provoca usted.
- SOFIA. Bonito madrigal; pero ahora no tengo tiempo de saborearlo. (Hace sentar á Luis junto á Julia.) No ignora usted que entre mi amiga y yo no hay secretos, por consiguiente no extrañe usted que le haya dado cuenta de su proposicion temeraria...
- LUIS. (Cohibido.) ¡Ah!... Ya... Sin embargo.
- SOFIA. Y si las negociaciones, como presumo, llegan á buen fin, exijo que Julia sea nuestra madrina.
- LUIS. (Ap.) (Tendré que contarle la anécdota del Relator.) (Quedan hablando los tres entre sí.)
- TERENC. Á la reina; y ahora no escapa.
- ENR. ¡Qué sistemática persecucion!
- TERENC. Usted la abandona y yo me aprovecho.
- ENR. (Excitado.) ¿Sin calcular las consecuencias?
- TERENC. ¿Cómo?
- ENR. Al rey mate. (Dando un fuerte golpe en el tablero y levantándose.)
- TODOS. ¿Qué? (Prestando atencion.)
- ANTERO. (Ap. á Enrique.) ¡POR DIOS! (Alto y yendo adonde está su prima.) Nada, nada; un arranque de entusiasmo... Magnífico recurso... (Ap. á Sofia) (Si no los separas va á haber un conflicto.)
- TERENC. (Ap.) (Presumo que no soy santo de la devocion de este caballero.)
- SOFIA. (Levantándose y siguiendo el aparte con Antero.) (Dices bien; la presencia del amante aquí es una amenaza permanente.
- ANTERO. ¿Tú tambien? ¿Conque es cierto? ¡Qué horror! Mira

llévate al marido, que yo me encargo de dar al otro una lección de moral.

SOFIA. (Ap. acudiendo á Terencio mientras Antero se reúne á Enrique.) Dios me libre; no me atrevería ni á mirarle á la cara. Con este tendré más libertad... (Alto á Terencio.) ¿Cómo fué la partida?

ANTERO. ¡Oh! soberbia; dos maestros.

JULIA. (Con indignacion en su aparte con Luis.) ¡Calumnia infame! Esa niña no es hija suya.

LUIS. Si el mismo doctor...

JULIA. Basta, yo se lo juro á usted. (Ap. y levantándose.) ¡Qué oculta tempestad ruje bajo esta aparente calma?

LUIS. Pues me pierdo en un mar de confusiones.

SOFIA. (Á Julia generalizando la conversacion.) Puesto que todavía hay buena luz, ven á ver mi galería de pinturas. Terencio, usted que es conocedor acompañenos usted para explicarnos el asunto de los lienzos.

LUIS. Es una coleccion muy escogida.

ANTERO. Sí, pero nosotros la visitaremos más tarde; ahora usted y Enrique van á medir sus fuerzas al billar.

ENR. Pero...

ANTERO. Ha recogido usted el guante y todo está dispuesto para la lucha.

SOFIA. Entónces... ¿Vamos?

JULIA. Cuando gustes. (Vánse Sofia, Julia y Terencio por la puerta lateral.)

ENR. (Ap.) (Me ahoga el enojo.)

LUIS. Doy por segura mi derrota.

ANTERO. Por aquí, señores, por aquí. (Conduciéndolos. Al momento me reúno á ustedes. Enrique y Luis vánse por el fondo.)

## ESCENA II.

ANTERO y DOÑA BRÍGIDA.

ANTERO. ¡Uf! Esto es superior á mis fuerzas. ¡Qué emociones! ¡Qué contrariedades! Misericordia en los extraños, podre-



dumbre en los propios, y siempre con la sonrisa en la boca como si asistiera uno al más ameno de los espectáculos.

BRIG. (Apareciendo en el fondo.) ¿Da usted su permiso?

ANTERO. ¡Cómo! ¿Usted aquí, doña Brígida? ¿Pues no se había usted despedido de casa?

BRIG. ¡Ay! Sí señor; pero la fatalidad me persigue. No en vano nací yo en el año del cólera.

ANTERO. Pues... pase usted adelante, que ya debe usted estar suficientemente fumigada. ¿Qué ocurre?

BRIG. Aunque no conozco á mis antepasados, de fijo que vengo en línea recta del Judío Errante.

ANTERO. No le invidio á usted el abolengo.

BRIG. No ignora usted que Tomás el especiero me tiene ofrecido un acomodo en el barrio de Salamanca.

ANTERO. ¿Y bien?

BRIG. En cuanto dejé instaladas en el coche á la paciente y... á su sobrina de usted...

ANTERO. Del demonio. Al asunto, y no se ande usted por las ramas de los árboles genealógicos.

BRIG. Pedí las señas, me aseguré de que se trataba de una persona respetable; y, como los informes respondían á mis deseos, me fuí allá en derechura. Proponerme una señora sola que, con una hija por toda familia, se acuesta con el sol y amanece con el alba, era medirme la boca. Llamo, me introduce una alcarreña, y, aún no había concluido de colegir por la vajilla el salario que me podrían dar, cuando oigo una voz infantil que me dice: «¡Hola! ¿Vienes á traerme el lloron?» Vuelvo la cabeza y me encuentro con Matilde y... mamá Antonia.

ANTERO. ¿Matilde?

BRIG. Excuso añadir que no acepté ninguna de las condiciones y que salí de allí como alma que lleva el diablo. No señor; no tengo yo suerte. Dejo el servicio del Relator porque me encajaba como huérfanos anónimos los frutos de sus propias iniquidades, y tropiezo con una madre pestiza que me quiere hacer pasar por suyos los

hijos de los demás. Está Madrid convertido en una sentina.

ANTERO. Pues vaya usted con la queja á la comision de policia urbana.

BRIG. Yo confio en usted.

ANTERO. ¿Con qué fin?

BRIG. Con el de procurarme...

ANTERO. ¿Otra recomendacion? Señora, yo no tengo agencia para la colocacion de sirvientes.

BRIG. Pero... entre las numerosas relaciones de usted no faltará alguna ..

ANTERO. ¡Cá! La única, señora, á quien hubiera usted servido á gusto ya se ha muerto.

BRIG. ¿Quién?

ANTERO. Santa Rita, abogada de los imposibles. (Luis llega precipitadamente por el fondo.)

### ESCENA III.

DICHOS y LUIS.

LUIS. Amigo mio, la situacion era en efecto muy tirante.

ANTERO. ¿Qué me viene usted á anunciar? Alguna nueva imprudencia...

LUIS. Un verdadero conflicto.

BRIG. ¿Qué?

ANTERO. ¡Vamos! Estalló la mina; y, como acontece en análogas circunstancias, seremos los paganos los pacíficos transeuntes. Hable usted, hombre, hable usted.

LUIS. Acabábamos de empezar nuestra partida: Enrique estaba tan nervioso que en las crispaciones de sus dedos y en el extravío de su mirada podía leerse la excitacion de su ánimo. Como hombre de mundo trató no obstante de paliar la situacion absorbiéndose en el juego; pero por desgracia, las señoras que acompañadas de Mendoza se encaminaban á la galería, cruzaron el billar en el

instante ménos oportuno. «Cuidado con errar el golpe,» exclamó Terencio con cierta sorna mientras Enrique balanceaba el taco.

ANTERO. ¡Adios! Y para aprovecharlo se lo rompió en la cabeza?

LUIS. No; pero lo impertinente de la observacion le produjo tal sacudimiento, que el paño se abrió hecho añicos entre las carcajadas del interpelante. «Pues las billas no son pequeñas», insistió aún éste examinándolas. «Eso constituye para mí su principal defecto», repuso el otro lívido de coraje.

ANTERO. Me lo daba el corazon; ayer estuve á punto de hacerlas rebajar.

LUIS. «Le invito á usted á probarle mi destreza con bolas de tamaño más reducido y de plomo en vez de marfil.»

ANTERO. ¡Un duelo!

BRIG. (Ap.) (Qué atrocidad!)

LUIS. Ante semejante provocacion no hay agredido que permanezca indiferente. Las frases subieron de tono, los gestos frisaron en la inconveniencia, y no sé adonde se hubiera llegado sin la intervencion de Sofia que, obligándonos á Julia y á mí á sacar de allí á Mendoza, se quedó prodigando á Enrique argumentos de persuasion.

ANTERO. Ahí tienen ustedes á lo que conduce la intemperancia de la locuacidad; no se piensa lo que se dice, se habla por dar gusto á la lengua y se provoca una catástrofe sin pensar que la bala que mata á un hombre no es á veces otra cosa que una palabra fundida al fuego de la murmuracion y forjada en la indiferencia de la costumbre.

LUIS. Creo que no aludirá usted á mí, porque prudencia mayor que la mia...

BRIG. Pues por mi parte tampoco opino que...

ANTERO. Siempre sucede lo mismo; cuando el caso se pone grave nadie tiene la culpa de lo que han hecho entre todos.

LUIS. Si yo...

BRIG. Pero...

ANTERO. Basta; la ocasion no es la más oportuna para discusiones estériles. Lo que ahora urge es ir en busca de Enrique y...

LUIS. Él llega precisamente.

## ESCENA IV.

DICHOS y ENRIQUE.

ANTERO. Dios me lo envía. (Yendo á su encuentro.) Acabo de saber con profunda pena...

ENR. No prosiga usted. Cuantas observaciones pueda usted hacerme ya me las ha dirigido la reflexion que, desgraciadamente, ha llegado demasiado tarde en mi auxilio; pero en aquel instante no he sido dueño de mí. Evíteme usted la vergüenza que harto castigo llevo en el remordimiento.

ANTERO. Tengo formado de usted un juicio sumamente favorable para dejar de suponer que su arrebató ha obedecido á un fin noble y generoso.

BRIG. (Ap. á Luis.) (¿Quién es ella?)

LUIS. No estoy enterado.

ENR. En efecto... (Titubeando.) Yo, que acojo la murmuracion casi con deleite cuando es fundada, me revuelvo á pesar mio contra la maledicencia cuando es producto de la calumnia.

ANTERO. Eso le enaltece á usted á mis ojos.

ENR. Acusa un alma grande.

BRIG. ¡Vaya!...

ENR. Acaso padezco error; pero me han parecido acusaciones tan gratuitas las que se han fulminado contra esa señora...

ANTERO. ¿Qué duda cabe?

LUIS. ¡Oh! Julia es una persona digna de la consideracion más respetuosa.

BRIG. Que me lo pregunten á mí... Rectitud de principios como la suya...

ANTERO. (Ap. con asombro) (Pues señor, media vuelta á la izquierda)

da es lo mismo que media vuelta á la derecha; sólo que es todo lo contrario.)

ENR. (Á Luis con extrañeza.) Recuerdo no obstante haber oído referir á usted que por las noches, al retirarse del club, encontraba usted á ese... caballero, parado en el portal de en frente...

LUIS. Poco á poco. Yo no le dicho más sino que ántes de anoche le ví encendiendo un cigarro; y, detalle tan natural como inocente, no autoriza á nadie á atribuirme deducciones que están muy léjos de la alta opinion que me merece ese modelo de virtudes.

ENR. (Ap.) (¿Qué es esto?) (Alto.) Sin embargo, la circunstancia no ha debido ser igualmente venial en el concepto de todos, cuando esta señora (Por Brígida.) se lisonjeaba de que en casa de Madame Latour no se aguardaría como en la de Julia á que ella se retirase para abrir sigilosamente, y á deshora, la puerta de la escalera.

BRIG. ¡Jesús! ¿Y presume usted que yo aludía al ama que me ha dado á comer su pan durante tres meses? No señor; me quejaba de los criados, de cuya conducta era yo responsable como jefe del servicio, y en particular del cocinero que, sin conocimiento mio, pero con anuencia de la señorita, se fué á cenar «antes de ayer» con unos paisanos suyos. Hasta ahí podían llegar las habladurías; tan buena como ella habrá algunas, pero mejores, no: yo se lo aseguro á usted.

ANTERO. (Ap.) (La canonizan.) (Alto.) Y en resumidas cuentas, aunque todo fuese verdad, la conducta de usted le honra mucho; pero resulta impropcedente, porque usted ignora que á Terencio le asisten derechos incontestables sobre Julia.

ENR. ¡Ah!

LUIS. Sí señor.

BRIG. (Ap. á Luis.) (¿Cuáles?)

ENR. (Á Antero.) ¿Y esos derechos son sin duda suficientes para justificar el haberlos sorprendido en brazos uno del otro?

- ANTERO. Y tanto. ¿Ó querrá usted quitarle á una mujer la libertad de que acaricie á su marido?
- ENR. ¿Qué?
- BRIG. (Ap. á Luis.) ¡Su marido! Ni con incluseros vuelvo yo á inurmurar de nadie.
- ENR. Medite usted...
- ANTERO. Me consta. Por consiguiente, aunque yo no le ví la cara, dada la honradez de Julia, estoy en el deber de presumir que sólo á Terencio podía tributar la cariñosa expansion de que fuí testigo anoche.
- ENR. (Creyendo comprender la verdad.) ¿Anoche?
- ANTERO. Pues claro está, ó juzga usted que yo tengo abono para esa clase de espectáculos?
- ENR. Pero... ¿Cuándo... dónde ocurrió?...
- ANTERO. ¡Toma! En su casa, poco ántes de reunirnos todos.
- ENR. (Ap. con gozo mal reprimido.) ¡Dios mio! ¿Será buena?
- ANTERO. Observo que le halaga á usted la noticia.
- ENR. Si...
- LUIS. La satisfaccion de ver que las pruebas confirman sus apreciaciones.
- ENR. Eso es... (Entristeciéndose.) Aunque... no; iba á abandonarme á una falsa alegría.
- TODOS. ¿Cómo?
- ENR. Julia se separó de su marido al pie de los altares.
- ANTERO. ¿Y no han podido reconciliarse al reunirse en Madrid?
- LUIS. Por supuesto.
- ENR. Entónces... ¿Quién es el padre de esa niña?
- ANTERO. ¡Ah! (Tomando un aire abatido.)
- BRIG. Pero si Matilde no es hija suya.
- ENR. ¿Qué no?
- ANTERO. (Muy compungido.) Amigo mio; la dolorosa confesion que voy á hacer á usted ya la conocen los demas que me escuchan. Callarla sería un crimen, porque sobre no salvar con ello la reputacion de la culpable, dejaba expuesta á la duda la de la mujer inocente. Esa criatura es el único borron que empaña la honra de mi familia.
- ENR. No entiendo...

- ANTERO. Pidale su marido cuentas desde la eternidad. Sofía es libre...
- ENR. ¿Sofía? Usted se equivoca.
- ANTERO. Pluguiera á Dios.
- LUIS. Julia acaba de jurarme que calumnian á su amiga.
- ANTERO. (Con júbilo.) ¿Es posible? ¿Pues de qué tronco viene esa rama?
- ENR. (Ap.) ¡Oh! ¡Qué farsa tan grosera!
- BRIG. Si para el pícaro mundo no hay una mujer respetable. Puede que tambien hablen mal de mí.
- ANTERO (Á Brígida.) ¿La niña no reconoció en Sofía á su mamá al verla entrar en el salon?
- BRIG. Nada de eso; lo dijo por el retrato que le enseñé de doña Julia.
- ENR. ¡Ah!
- LUIS. (Á Brígida.) Imprudente.
- ENR. (Sí, ella es.) (Ap. con amarga convicción.)
- ANTERO. (Á Enrique.) No haga usted caso; esta señora no sabe lo que se pesca. (Á Luis.) Usted tambien me aseguró...
- LUIS. ¿Y qué quiere usted que yo hiciera al ver esgrimir á doña Brígida el poderoso argumento de los cinco años de comandita entre Terencio y Monsieur Latour?
- BRIG. (Á Luis.) Yo no hice más que repetir lo que le había oido á usted.
- ANTERO. Esto es una balumba incomprendible. Ahora mismo voy á despejar la incógnita; porque verán ustedes que, despues de todo, salimos con que Sofía y Julia son las más virtuosas de las mujeres.
- LUIS. Eso no lo he puesto yo en duda ni un instante.
- BRIG. Pues lo que es á mí nunca se me ha ocurrido pensar mal de mis amos.
- ANTERO. (Ap.) (Y lo grande es que lo creen así. Con más tranquilidad me pongo yo delante de un cañon que de una lengua. El tiro de aquel es franco, pero el de ésta siempre hiere por la espalda.) (Alto.) Vuelvo. (Váse por el fondo.)



## ESCENA V.

ENRIQUE, LUIS y BRÍGIDA.

- ENR. (Ap.) (Exigir de ella una explicacion fuera candidez, mentira. Confiarme á los extraños sería el único medio de no saber la verdad.)
- BRIG. La víctima aquí soy yo.
- LUIS. ¿Usted?
- BRIG. Pues es claro; por dar crédito á los unos y á los otros me han dejado en la calle.
- LUIS. Desvanecido el error aún le queda á usted el recurso de implorar la clemencia de alguna de ambas.
- BRIG. Bien pensado. Voy á aprovechar la ocasion para que don Antero interceda por mí.
- LUIS. Elija usted primero.
- BRIG. ¡Cá! Yo no tengo predileccion por ninguna; si las dos son inmejorables, unas santas. ¡Haberme puesto en el caso de sospechar! Á mí que soy la buena fé en carne y hueso. (Váse tras D. Antero)
- ENR. (Ap.) ¡Seres de goma, que se pliegan á la mano que los estrujal!
- LUIS. ¿Le hallo á usted inquieto?
- ENR. No lo extrañe usted. Deploro mi imprudencia; temo haberme convertido en paladin de una causa injusta. Necesito salir de aquí. Discúlpeme usted con Madame Latour. ¡Ah! (Viéndola entrar.)
- LUIS. Ya no es tiempo.

## ESCENA VI.

ENRIQUE y LUIS; JULIA, SOFÍA y TERCENCO por la  
puerta lateral.

- SOFIA. ¡Cómo! ¿Y mi primo?
- LUIS. Fué hace poco en busca de usted.
- SOFIA. Creí que aún estarían ustedes en el billar. (Ap. á Luis y



Julia.) Hay que impedir que se hablen; yo me encargo de entretener á Enrique. (Yendo á él.)

LUIS. (Á Julia y Terencio llevándose los al lado opuesto.) ¿Visitaron ustedes la galería?

JULIA. Es suntuosa. (Á Terencio.) Por cierto que no concluyo usted de explicarme el asunto de aquel cuadro.

TERENC. ¡Ah! Sí; la absolucion de Friné. (Quedan hablando entre sí mientras Sofía y Enrique sostienen su aparte.)

SOFIA. Y bien: ¿Está usted ya más tranquilo?

ENR. Agradezco á usted con toda mi alma la intencion; pero disto mucho de tener la credulidad que usted me atribuye.

SOFIA. ¿Persiste usted en la idea de que Julia no es inocente? Ya se convencerá usted más tarde cuando, en su casa y sin testigos, pueda hablarle á usted al corazon. (Ap.) (Allá se las componga ella luégo.)

ENR. Conozco de antemano la novela que ha de urdirme, y en la que la abnegacion de la amiga de la infancia se ha encargado de un papel tan interesante como dificil.

SOFIA. No sé á lo que usted alude; pero presumo que me toma por su cómplice.

ENR. Generoso en demasía.

SOFIA. Concrete usted.

ENR. El paso que acaba de dar don Antero es harto pueril para qué, á través de su fingida afliccion, no haya yo entrevisto el propósito de desvanecer mis sospechas á todo trance.

SOFIA. (Alarmada.) Alguna tontería suya; pero en fin... ¿qué es ello?

ENR. ¿Se empeña usted en continuar la comedia? Pues bien. . Los antecedentes de usted son muy sólidos para que nadie, y ménos yo, se avenga á atribuirle á usted la maternidad de esa niña.

SOFIA. (Estallando.) ¡Qué bárbaro!... Perdóneme usted este grito del alma. ¿Mi primo ha dicho eso?

ENR. Me llena usted de confusiones.

SOFIA. Pues hasta ahí podían llegar las bromas.

- LUIS. ¿Qué ocurre?  
JULIA. ¿Qué pasa? (Acudiendo á ella. La conversacion se generaliza.)  
SOFIA. Hija, que en mi vida he sentido tanto no ser hombre como en esta ocasion. ¡Qué espantosa calumnia!

## ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA BRÍGIDA y D. ANTERO por el fondo, llegando á tiempo de oir las últimas frases.

- BRIG. (Ap. á Antero.) (¿No se lo decía yo á usted?)  
SOFIA. (Amenazadora.) ¡Vamos! Que me está haciendo falta una cara.  
ANTERO. Cébate en la mia; comprendo tu enojo.  
SOFIA. Tu humildad me desarma; pero habla, justificame, cuenta á todo el mundo que Matilde no es mi hija.  
TODOS. ¡Cómo!  
JULIA. (Ap. á Sofia.) (Por Dios, detente. Tu rehabilitacion puede humillar á álguien.)  
SOFIA. ¿Y qué me importa de los demas cuando se arrastra por los suelos mi honra?  
JULIA. Es que ..  
SOFIA. ¿No sabes que á tí tambien te acusan? Las que no tenemos por qué bajar la frente no tememos la publicidad.  
JULIA. Hable usted. (Á Antero con resolucion.)  
ENR. (Ap.) (¿Qué nueva asechanza se me tiende?)  
ANTERO. Vergüenza y baldon para los que, con ligereza punible, rebajan hasta su nivel todo lo que no alcanzan á concebir por estar encima de ellos. (Sacando una carta.)  
SOFIA. ¿Qué carta es esa?  
ANTERO. Una que la Providencia nos envía á fin de patentizar-nos sus designios inescrutables.  
LUIS. (Ap. á Brigida.) (¿La consabida?)  
BRIG. (Ap. á Luis.) (Hemos dado con ella casi hecha añicos en el jardin.)  
SOFIA. ¿Pero quién la escribe?  
BRIG. Mi comadre desde la Habana, á quien pedí noticias de doña Julia, indignada de que pusiesen en tela de juicio

su reputacion.

SOFIA. y TEFENC. ¡Ah!

ANTERO. Silencio. Va á pasar un ángel. (Disponiéndose á leer.)

JULIA. (Á Sofia.) Si con tu justa indignacion has desvanecido las sospechas que sobre tí pesaban: si á mí sola afectan ya las dudas, permíteme que me oponga á una revelacion que, por ser un secreto mio, á nadie sino á mí le pertenece.

SOFIA. Te advierto que yo ignoro...

ENR. (Ap. á Antero.) (Insista usted.)

ANTERO. (Ap. á Enrique.) (Pues claro está.) (Alto á Julia.) ¿Teme usted que hiera su modestia?

JULIA. No conoce usted mi carácter; á mí no me lastima más que lo que me envilece.

SOFIA. Pues entónces...

JULIA. Pero cuando el mundo se equivoca, creo que el mayor castigo que se le puede inferir es dejarle en su error.

TODOS. ¿Qué?

JULIA. Yo no le doy explicaciones porque opino que tampoco deben pedírsele (Mirando á Enrique con intencion.)

ENR. Sin embargo; cuando calumnia...

JULIA. Eso no lo hace él jamás.

TODOS. ¿Cómo?

SOFIA. ¿Pretender que no hay quien levante falsos testimonios?

JULIA. Como hay quien mata y no por eso se supone que el mundo sea una horda de asesinos.

SOFIA. ¿Vas á defender su causa?

JULIA. Sí; porque es la mia, y la tuya y la de todos. El mundo no lo constituya un fantasma incorpóreo, oculto entre los bastidores del teatro y de la vida; dispuesto á clavar su diente sobre un héroe privilegiado monopolizador de la virtud. Somos tú y yo, y los demas, pacíficos y honrados transeuntes, que vamos á nuestros quehaceres sin ocurrírse nos acusar á nadie falsa y maliciosamente, que es como lo hace la calumnia; pero, al pasar, nos detiene en el camino un espectáculo que sale de lo co-

mun, que infringe las leyes del código de la costumbre; y entónces murmuramos, ó lo que es igual, nos contamos al oído, pero con razon las faltas ajenas.

LUIS. Alteradas de boca en boca.

JULIA. La murmuracion no es invariable como una fórmula algebraica: se desfigura; pero no se la inventa. Que no la provoquen y no correrá el riesgo de cambiar de fisonomía.

ANTERO. Es verdad.

SOFIA. ¿Y me quieres demostrar qué culpa he cometido yo para que se ceben en mí?

JULIA. Yo no entro jamás en el terreno vedado de las personalidades.

SOFIA. Pues bien, generaliza. ¿Cuál es el delito de las mujeres que, casadas, con un hombre que les dobla la edad, deberían tener más derecho á la consideracion del mundo por el mayor sacrificio que representa su honradez?

JULIA. La anomalía. Porque ó se casan por amor, lo que es más posible que probable, ó van al tálamo á la fuerza. Solas dos razones que justifiquen su matrimonio anormal contra la codicia, la ambicion, el orgullo; la vanidad, y hasta las noventa y ocho restantes que lo censuran; y, al verlas en contacto con el peligro, el mundo, en desagravio de las que no están en su situacion, las cree menos resistentes que las que, obedeciendo á la ley comun, se presentan en la lid con noventa y ocho circunstancias favorables y dos únicas adversas.

SOFIA. ¡Ah!

ANTERO. Fuerza es reconocer que el qué dirán ni le deja á uno abandonarse á las más inocentes expansiones ni ser dueño de hacer lo que le plazca.

JULIA. Error. El qué dirán no se nutre con chismes vulgares, sino con hechos tangibles de la hipocresía ó con las grandes imprudencias de la virtud. Yo, por ejemplo, para evitar maliciosas interpretaciones, no tendré que privarme del gusto de recibir á uno de ustedes en mi casa á una hora y en una forma conveniente; pero me

guardaré mucho, por grande que sea el concepto que me merezca, de invitarle á venir despues de la ópera á rezar el rosario conmigo á las dos de la noche.

ANTERO. Probablemente yo no pasaría del primer gloria.

JULIA. Claro está que, si quiero satisfacer ese capricho, el mundo no me lo impide; pero no me quejaré mañana si, en vez de la verdad, circula por Madrid una version humillante, porque, por una oracion que nadie ha oido, he autorizado á la maledicencia á suponer de mí cuanto malo se le antoje.

ENR. En resúmen: Hay que salvar las apariencias si quiere uno sustraerse á la censura, ó afrontar la fiscalía si prefiere conservar su libertad de accion?

JULIA. Eso es.

SOFIA. Pero, desgraciada; en vez de justificarte te condenas. Estás dando á entender que si te acriminan es porque has dado motivo para ello.

JULIA. Ya he dicho que la duda es el mayor castigo para la sospecha. ¿Á quién debo yo explicaciones de mi conducta?

SOFIA. Á nadie, es cierto; pero supon que tú fueses una mujer casada y que... te expresases así en presencia de tu marido.

JULIA. Si mi marido me oyese, que no me oye, insistiría aún con más teson en mi propósito; porque si al mundo, para quien soy indiferente, le reconozco el derecho de comentar mis actos, no se lo puedo conceder al que, por ser cosa mia, tiene la obligacion de penetrar en el fondo de mi virtud.

ENR. (Ap.) (¿Qué dice?)

TERENC. Pero un marido, y hablo en tésis general, es el último en saber lo que los otros no ignoran.

ENR. (Ap. y contenido por Sofía.) (¡Oh!)

JULIA. Sí; pero al llegar, aunque tarde, á su conocimiento, nadie como él está en condiciones de probarlo. Y es injusticia manifiesta poner la mano sobre la boca que maldice de lo que ha visto sin comprenderlo; porque,

si el mundo falta á la verdad, no lo hace porque miente sino porque se equivoca; y, si murmura justo, no es al fiscal sino á los reos á quienes debe aplicar el castigo.

ENR. ¿Cómo?

JULIA. Con el desprecio, que es el patíbulo de los delitos que no se penan.

BRIG. (Ap.) (Pues, señor; no entiendo ni una palabra.)

SOFIA. Tus teorías podrán ser las mejores; yo, sin embargo, no participo de ellas, y exijo la lectura de ese billete que ha de disipar las brumas en que me han envuelto.

JULIA. Sea por tí. Empiece usted. (Á Antero.)

ANTERO. Voy derecho al asunto. (Leyendo la carta en la que observan considerables deterioros. Atencion general.) «Si la virtud »ha tomado alguna vez forma humana, asegure usted »que se encarnó en Julia.» (Recitado.) Tengo el corazon más leal...

JULIA. Adelante.

ANTERO. (Leyendo.) «Llegó aquí con su anciano padre, lumbrera »del foro, dejando en Europa la primera pasion de un »alma virgen. Este jóven, á quien conoció aquel verano »en Biarritz, no tardó en reunirse á ella. Quince dias »despues se llamaba la señora de...»

ENR. (Ap.) (Tiemblo á pesar mio.)

TODOS. ¿De quién?

ANTERO. (Dejando ver el papel agujereado.) Aquí me he encontrado una violeta aplastada que no he conseguido arrancar sino á costa del papel. Diríase que el cielo ha escuchado sus votos, velando á sus detractores el nombre del marido con el símbolo de la modestia. (Lee.) «Hombre »de mundo él, había dejado en Francia uno de esos de- »vaneos que ni satisfacen ni honran. Mal avenida la »audaz criatura con la pérdida de su especulacion, puso »en planta un desesperado proyecto; y mientras él salía »de España en busca de su felicidad, ella desembarca- »ba entre nosotros procedente de un puerto extranje- »ro. Inquirió la verdad, hízose admitir como camarera »en casa de Julia; y cuando esta infeliz, al volver del

»altar, se dirigía á sus habitaciones meciéndose en su  
»ventura, sorprendió á René asida al cuello del femem-  
»tido amante, llorando con falsa desesperacion y ha-  
»ciendo protestas de cariño.»

TODOS. ¡Oh!

SOFIA. ¡Qué horrible!

ANTERO. ¡Infame!

JULIA. Fué mi esposo; respeten ustedes su memoria.

ENR. (Ap.) (Me asesina.)

ANTERO. (Leyendo.) «Aquel carácter de hierro tan vehemente en  
»el amor como recto ante el deber é inflexible para la  
»justicia, ni vertió una lágrima ni transigió con su  
»conciencia. Al dia siguiente su marido regresaba á  
»Europa, y un año despues la orfandad y la pobreza  
»se engarzaban en el rosario de sus desventuras.» (Re-  
citando con lágrimas en la voz.) No, no; en vano es poner-  
me mordazas. Mi sensibilidad se subleva contra tanta  
maldad. ¡Miserable! Pida usted perdon de rodillas á su  
esposa. (Obligando á Terencio á hincarse ante Julia.)

TODOS. ¿Qué?

TERENC. (Incorporándose.) ¿Está usted en su juicio?

ENR. (Ap.) (Me ahogo.)

SOFIA. (Ap. á Enrique.) (Calma.) (Á Antero.) ¿Quieres no ser  
mentecato?

TERENC. Padece usted un error.

BRIG. (Ap.) (¡Qué embrollo!)

ANTERO. ¡Cómo! ¿No es usted?... (Á Terencio)

JULIA. No; mi marido ha muerto.

ANTERO. Señora... (Con incredulidad.)

JULIA. Á estar él aquí...

SOFIA. ¿Qué harías?

JULIA. Decirle que destruyera esas pruebas que le rebajan sin  
que yo pueda enaltecerle; rogarle que despreciara la  
murmuración que, áun despues de vencida, no se sa-  
tisface hallando siempre modo de remendar los girones  
de su bandera; patentizarle con el ejemplo que la difa-  
macion suele revolverse contra los mismos que la di-



vulgan; imbuirle, en fin, la idea de que, tanto para el calumniador soez, (Por Brígida.) como para el que por exceso de suspicacia injuria por no pecar de defecto de malicia; (Por Luis.) que así para los que asesinan con el silencio, (Por Terencio.) como para los que envenenan con el chiste; (Por Sofía) y hasta para los que de buena fé hablan cándidamente por imponer silencio á los demás, (Por Antero.) no existe mejor venganza que darles el espectáculo de una dicha que ellos se empeñan en destruir, y de cuya empresa desisten por cansancio; como la carcoma al convencerse de que es inútil roer para podrirlo el sano corazón de la encina impenetrable. (Pausa.)

ANTERO. (Por Terencio y enojado.) ¿Aun no se convence? ¿Todavía no se prosterna? ¿Es claro, la condicion humana es así; necesita palpar para creer. Teme el ridículo, porque hay una criatura de dudoso origen que obstruye las válvulas del sentimiento.

ENR. (Ap.) (Parece que lee en mi alma.)

ANTERO. Pues, bien; acabemos. (Leyendo.) «Algunos meses después de la ruptura, René abandonaba en el Hospicio á una niña, cuya maternidad entónces ignoraba...»

TODOS. ¡Ah!

ANTERO. (Leyendo.) «Y aquel ángel de bondad lo recogía para que el inocente fruto de los extravíos de su esposo, no heredase en el vicio la torpe mancha de su desventurada madre. El hambre hizo lo demás.» (Gran pausa. Recitado, mirando á todos y con un grito del alma.) ¡Á ver! ¿Quién no llora?

TODOS. ¡Oh!

ENR. (Ap.) (Mártir... perdon.

SOFIA. (Corriendo á abrazarla.) ¡Mujer sublime!... Pero ¿por qué la has tenido alejada de tu lado?

JULIA. Porque yo no sé mentir; y al que me preguntase por ella, ni podía decirle que era hija de mi marido sin echar sobre él un borron infame, ni atribuirme la cuando el cielo me había negado el más hermoso de los he-



neficios.

ENR. ¡Julia! (Queriendo correr á ella; pero Julia, conociendo su intencion se lo impide con su frase.)

JULIA. (Á Sofia.) Adios; ya no te debo nada, me voy satisfecha.

SOFIA. Pero...

JULIA. Ya es tarde y me reclaman mis ocupaciones. Señores... (Despidiéndose.)

SOFIA. Antes pasaremos por el jardín... Quiero que te llesves un ramo de violetas... tus flores. Enrique, dignese usted dar el brazo á mi amiga. (Enrique acude al fondo donde Sofia le está poniendo el sombrero á Julia.)

JULIA. (Á Sofia comprendiendo la intencion.) ¡Cómo! ¿Tú sabes?...

SOFIA. Todo.

ENR. (Ap. á Julia sin demostracion aparente.) (¡Julia mia.) (Los demas personajes quedan en primer término.)

ANTERO. (Ap. á Luis mirando á Terencio con extrañeza.) (Pero este hombre es de estuco.)

BRIG. (Ap. á Terencio.) (Yo creo que dobo optar por quedarme aquí.)

TERENC. (Ap. á ella.) (¡Oh! Sí; conozco muy bien á Sofia. He sido durante cinco años el consócio de Monsieur Latour. (Sonriendo.)

BRIG. (Ap.) (¡Demonio! Más vale que me resuelva por la otra.

ANTERO. (Con enojo á Terencio.) Decididamente usted no tiene sangre en las venas.

SOFIA. (Ap. á Antero.) (¿Quieres acabar de una vez? El marido es Enrique.) (Vuelve con Julia.)

ANTERO. (Anonadado.) ¡Jesús!

LUIS. (Á Antero.) Lo que yo no entiendo...

ANTERO. Calle usted, si ahora salimos con que Enrique es el marido. (Enrique oye esta frase y se queda en el fondo prestando atencion y evitando que Sofia y Julia interrumpan el diálogo.)

TERENC. ¡Ah!

BRIG. ¿Sí?

LUIS. Pues se las ha escuchado gordas... ¡Ah! ¡Vamos! Ya estoy. (Á Terencio con malicia.) Esa niña de quien él ignoraba ser padre?... ¡Bribonazo! (Dándole golpecitos en la

- mejilla.)
- ANTEO. (Indignado.) ¿Aún?
- BRIG. (Ap.) (Pues tampoco me conviene doña Julia. Con el Relator me vuelvo.)
- LUIS. (Á Terencio riendo con él.) ¡Qué tragaderas tienen algunos individuos.
- TERENC. Si... (Con su habitual sonrisa.)
- ENR. ¡Miserables! (Desasiéndose de las mujeres é interponiéndose amenazador.)
- TODOS. ¿Qué?
- JULIA. (Tranquila y noble.) Enrique. ¿Y yo?
- ENR. (Serenándose.) Es verdad. Murmuren ustedes; pero... se equivocan. (Besando á Julia con transporte.)
- JULIA. Así. (Á los otros despreciándolos.) La virtud es dura madre, Roed, gusanos! (Sale del brazo de su marido.)

## ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Catalanes de Gracia.....	1	D. L. P. de Guzman...	L.
El estilo es el hombre.....	1	Manuel Nieto.....	M.
El lavadero de la Florida.....	1	Sres. Ossorio y Guillen..	L.
Fuego y stopa.....	1	Banquells y Reig....	L. y M.
Los bonitos.....	1	D. M. F. Caballero....	M.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, *D. Eduardo Martínez*, calle del Príncipe, núm. 25, y *Saturnino Calleja*, Paz, 7.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

## ALEMANIA.

*Mr. Wilhelm Friedrich*, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.





**RARE BOOK  
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL**

PQ6217  
.T44  
v.219  
n.1-13

